

Unidad y Carismas

La unidad es un don divino

La unidad, exigencia social

Carlos García Andrade, c.m.f.

Mirando el modelo trinitario

Alessandro Clemenzia

El alma de la comunión eclesial:
la dinámica trinitaria

Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.

Cómo se realiza la unidad

Marcelo Scarpa, s.d.b.

Pablo VI y Chiara Lubich:
en el corazón el testamento de Jesús

Lucía Abignente

Baar: 600 religiosas y religiosos,
carismas en comunión

Raphael Zbinden

N.º 97/2016

Enero - Marzo



Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición francesa

«Unité et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

LA UNIDAD ES UN DON DIVINO

Editorial

La unidad, un don *Fabio Ciardi, o.m.i.* 4

Perspectivas

La unidad, exigencia social *Carlos García Andrade, c.m.f.* 7

La vocación a encontrarse:
una cita de la historia *Mauro Mantovani, s.d.b.* 12

Mirando el modelo trinitario *Alessandro Clemenzia* 16

El alma de la comunión eclesial:
la dinámica trinitaria *Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.* 20

Cómo se realiza la unidad *Marcelo Scarpa, s.d.b.* 24

Testigos

Pablo VI y Chiara Lubich:
en el corazón el testamento de Jesús *Lucia Abignente* 29

Experiencias

Cuando los obispos son creadores de unidad *Giancarlo Faletti* 34

Baar: 600 religiosas y religiosos,
carismas en comunión *Raphael Zbinden* 39

La unidad, un don

NO estoy acostumbrado a recibir cartas por correo postal, ahora todo llega por internet. Por eso me he quedado agradablemente sorprendido cuando me he encontrado con un sobre llegado desde Filipinas. El remitente me es desconocido. Lo abro y me aparece una serie de preciosos dibujos con una tarjeta personal en la que está escrito a mano: «*Le escribo para agradecerle de corazón los comentarios a la Palabra de Vida*». Desde hace un año se me ofreció la aventura de comentar cada mes una frase de la Escritura. No sería una empresa difícil si en mi caso no se tratara ni más ni menos que continuar la obra iniciada por Chiara Lubich hace setenta y cinco años. Gracias al género literario creado por ella, lograba llevar a cabo lo que afirmaba Gregorio Magno cuando comparaba las palabras de la Sagrada Escritura a piedras de pedernal: «*permanecen frías, pero si uno, con atenta inteligencia, inspirado por el Señor, las hace rozar... se produce un fuego tal que el ánimo arde espiritualmente*»¹. Chiara, con su lectura carismática de la Palabra de Dios, sabía sacar el fuego e inflamar a cuantos leían sus escritos.

Cuando al inicio de 2015, las personas vieron que la acostumbra hoja de la Palabra de Vida ya no estaba firmada por Chiara sino por cualquier desconocido, fue como un desconcierto, como si la Palabra de Dios, no penetrada ya por la fuerza del carisma, volviese a ser fría, incapaz de emitir la llama. La cartita que me ha llegado de Filipinas me ha servido de consuelo: «*Le escribo para agradecerle de corazón los comentarios a la Palabra de Vida, sobre todo por hacerlo siguiendo tan perfectamente la línea de Chiara*». Por tanto, ¿la Palabra de Dios todavía salpica fuego?

El mes de noviembre pasado se me pidió que comentara una frase tomada de la oración de Jesús al Padre: «*Que todos sean una sola cosa*» (Jn 17, 21); la misma que caracteriza el carisma de la unidad que Dios confió a Chiara. Mi lectora filipina sigue así: «*Esa frase de Jesús de este mes (se refiere precisamente a noviembre de 2015) ha servido de gran ayuda, en particular estas palabras: “La unidad es un don de lo alto, que hay que pedirla con fe, sin cansarnos nunca”*».

He escrito así porque estoy profundamente convencido. Jesús no nos ha mandado vivir la unidad. Más bien la hizo objeto de oración, su gran oración al Padre, en el momento solemne que ponía fin a su última cena y que precedía a su inmolación: Jesús la pide al Padre. Él sabe que la unidad es lo que más desea el corazón del Padre, sabe que desde toda la eternidad ha concebido la humanidad como una familia, su familia, unida en la comunión de amor de los hijos con él y entre ellos. Por eso Jesús la pide como el don más grande que pueda implorar para todos nosotros: *«Te ruego, Padre [...] para que todos sean una sola cosa»*.

La hace objeto de oración y al mismo tiempo ofrece su vida para realizarla: asume nuestras divisiones y nuestros pecados clavándolos en la cruz; se deja ser “elevado de la tierra” para atraer a todos hacia sí y llevar a cabo la unidad (cf. *Jn 12, 32*); muere, como había profetizado el sumo sacerdote, *«para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos»* (*Jn 11, 52*).

Antes de ser una conquista ascética, la unidad es por consiguiente *«un don de lo alto, que hay que pedir con fe, sin cansarnos nunca»*, que debe ocupar constantemente el primer lugar en nuestros pensamientos y deseos: si es el sueño de Dios queremos que sea también nuestro sueño.

Sigo leyendo la carta de Filipinas: *«A decir verdad, me estaba cansando de pedir el don de la unidad, después de haber buscado reconstruirla varios años con una persona; cada intento era un fracaso. Ahora me parece que el don de Dios ha llegado, inesperadamente, sin ruido y estoy inmensamente agradecida a él. Solo quiero perseverar y tender mayormente al “que todos sean uno”»*. Me doy cuenta que la Palabra de Vida no solo despide chispas, sino que también es capaz de incendiar, de suscitar verdaderamente “vida”.

El presente número de nuestra revista es una muestra especialmente rica en la profundización de las diferentes implicaciones de la unidad, cuya necesidad se siente en la medida que experimentamos a nuestro alrededor la dramaticidad de su ausencia; es, como afirman Carlos García Andrade y Mauro Mantovani, la más urgente llamada proveniente de las grandes transformaciones sociales vividas en los últimos decenios.

A su vez Alessandro Clemenzia y Amedeo Ferrari exponen que, en su más profunda esencia, la unidad es la naturaleza misma de Dios Trinidad, hasta tal punto que la dinámica trinitaria es la lógica y el lugar para interpretar la realidad de Dios y la del hombre. De hecho cuando Jesús pide para nosotros la unidad, la pide que esté inspirada y modelada sobre la trinitaria: *«como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos estén también en nosotros»*. Modelo inaccesible, tan profunda es. Pero se hace posible por ese *como*, que significa no solo *a modo de*, sino *porque* podemos estar unidos *como* están unidos el Padre y Jesús *porque* ellos nos envuelven en su misma unidad, haciéndonos el don de ella. La vida de unidad de la humanidad es posible solamente en la medida en que es participación de ella.

Lo pone de relieve el artículo de Marcello Scarpa, recordando que la unidad es ante todo fruto de la iniciativa de Dios, como precisa Chiara a la que cita: *«Aquí debemos hacer una*

Antes de ser una conquista ascética, la unidad es por consiguiente «un don de lo alto, que hay que pedir con fe, sin cansarnos nunca»».

aclaración. ¿Quién es el que hace la unidad? La unidad es obra esencialmente, verdaderamente de Dios, solo de Dios; [...] la unidad es obra de Dios, es un don de Dios, es una gracia de Dios»².

Tal convencimiento no conduce a una actitud de pasividad. Pedir, como Jesús y con Jesús, el don de la unidad introduce cada vez más en el proyecto de Dios sobre la humanidad, lleva a tomar conciencia de su “deseo”, hasta hacer que llegue a ser nuestro. De aquí la decisión de seguir a Jesús en “dar la vida” para la realización de este deseo, de vivir el mismo modo de vivir del Dios trino y uno que él ha venido a revelar y a traer sobre la tierra. Marcelo Scarpa, siguiendo las líneas carismáticas de Chiara, muestra los caminos indicados por el Espíritu para conseguir la unidad. Las experiencias que se narran en este número de la revista son una confirmación de su posibilidad.

Por mi parte quisiera sobre todo recordar que el camino determinante emprendido por Jesús fue el de sumergirse en las desunidades y asumirlas sobre sí. Es el camino de “extraversión” que todo cristiano, otro Cristo, está llamado a recorrer. Es caminar por el mundo del que habla Chiara en una celebrísima página, *Tengo un solo Esposo sobre la tierra*, para buscar y hacer mío «*el dolor de las almas que están a mi lado [...] todo lo que no es paz, gozo, bello, amable, sereno [...], en una palabra: lo que no es Paraíso [...] sedienta de dolores, de congojas, de desesperaciones, de melancolías, de separaciones, de exilio, de abandonos, de tormentos, de [...] todo lo que es él y él es el Pecado, el Infierno*», por tanto la ausencia de amor, la desunidad. Y esto con el fin de “enjuagar” «*el agua de la tribulación en muchos corazones cercanos y [...] también lejanos*»³, hasta que se den las condiciones para la consecución de la unidad.

Como ya escribí en el comentario a la oración de Jesús, no podemos huir de las disensiones e incomprendiones buscando nuestra tranquilidad, no podemos quedarnos indiferentes ante los desgarros y desunidades, sino entrar en ellas para llevar nuestro amor hecho de escucha, de atención al otro, de compartir el dolor que surge de la división. Y sobre todo vivir en unidad con cuantos están disponibles a compartir el ideal de Jesús y su oración, sin quedarse en malentendidos o en divergencias de ideas, sino aceptando con alegría las diferencias, más aún considerándolas una riqueza para la unidad que nunca es reducción a uniformidad.

Sí, esto a veces nos pondrá en la cruz, pero es justamente el camino que Jesús eligió para rehacer la unidad de la familia humana, el camino que también nosotros queremos recorrer con él, en espera, como mi lectora de Filipinas, de que Dios llegue “sin hacer ruido” y «*perseverar y esperar mayormente en el “que todos sean uno”*».

Fabio Ciardi, o.m.i.

¹ Gregorio Magno, *Homilía sobre Ezequiel*, Obras, BAC, Madrid 1958.

² Ch. Lubich, *La unidad y Jesús Abandonado*, Ciudad Nueva, Madrid 1985.

³ Id., *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002.

La unidad, una exigencia social

Carlos García Andrade, c.m.f.

Si es verdad que Dios nos habla a través de los signos de los tiempos, la más urgente llamada que resulta de los grandes cambios sociales vividos en las últimas décadas es la exigencia de unidad. Pero no de una unidad cualquiera, sino de la que nace de la acogida y del don recíproco: solo esta permite expresar en unidad la pluralidad y que se convierta en posibilidad de crecimiento.

Redescubrir la fe histórica

Los cristianos estamos convencidos de que Dios nos habla a través de la historia. Desde siempre, tanto Israel como la Iglesia han indagado el discernimiento de la voluntad de Dios leyendo entre líneas los acontecimientos históricos. Así es la experiencia característica de Israel (Dios se hace presente en su historia), como también para el núcleo de la fe cristiana: Dios, que se hace hombre, nos ha prometido un retorno glorioso para llevar a su plenitud nuestra historia. Pero esto presupone la fe en la creación y la convicción que la Providencia divina guía la historia hacia su meta final.

Cuando la fe cristiana se distanció de su matriz original hebrea y se inculturó en la

cultura greco-romana, la dimensión histórica fue perdiendo fuerza poco a poco. La cultura helenista, muy marcada por la metafísica de la sustancia, no valoraba la historia. La concepción de verdad que aquella cultura comportaba era que toda verdad fuese estable, inmutable, consistente, eterna. Si la verdad que ofrecíamos podía cambiarse, o desarrollarse, etc, esto significaba que nuestro análisis había sido demasiado superficial, que habría quedado aprisionada en el mundo de lo mutable, de lo efímero, de los accidentes, y no sería una verdad plena, sino incapaz de expresar la esencia.

Este planteamiento del pensamiento tenía otro modelo propio de unidad. Buscaba un principio de unidad que estuviese en condiciones de dar razón y unificar la confusa plu-

ralidad de lo real. Pero tal modelo de unidad era uniformante al ser incapaz de acoger en sí la diversidad, a la que se la entendía como degradación de la unidad; este modelo no respetaba la libertad, la cual debía someterse a la objetividad de la unidad de lo real. Se trataba de un concepto de unidad sistemática, sometida, forzada, autoritaria.

Influida por este pensamiento, durante siglos la cultura eclesial dejó de lado el gran planteamiento histórico que se ocultaba a su experiencia original, mientras que dirigió sus esfuerzos hacia la edificación de un sistema doctrinal unitario compacto, fundado en argumentos racionales, en los cuales la verdad divina y la verdad humana pudieran encontrar su lugar definitivo.

Solo con el Vaticano II y la teología de los signos de los tiempos, introducida y sostenida por Pablo VI y reanudada hoy por el papa Francisco, la Iglesia ha recuperado su visión histórica. Pregunta al mundo y a la historia para discernir el camino del designio de Dios. Y no puede permitirse el lujo de no hacerse semejante pregunta, aunque se desoigan las llamadas de Dios al no prestarles atención.

El reto de lo social: el pluralismo y la interdependencia

La dinámica emergente que más se ha desarrollado en los últimos 25 años, siempre más capaz de transformar la vida del hombre, tanto que parece verdaderamente imparable, es la dimensión social, que ha pasado de las formas más simples de agregación (clan familiar, tribu), a las más complejas (naciones, sociedad de naciones) en tiempos cada vez más breves, hasta presentarse hoy, con el consiguiente desafío, la sociedad planetaria. Palabras como globalización, interculturalidad, política y economía globales, inundan los artículos, libros y comentarios, tratando de entender los límites

de este “monstruo” que se nos viene encima sin tardar y que transforma el horizonte de la vida humana. El proceso, difícil de expresar, indica el crecimiento indicativo de las interacciones sociales, de los vínculos que unen cada realidad con las demás. Lo social se convierte en una complejidad extrema, situación en la que todos nos encontramos implicados casi sin darnos cuenta, y progresivamente se va propagando en todo el planeta. En este proceso todo se vuelve complicado. Y así como las conexiones entre los miembros del tejido social se han multiplicado hasta lo infinito, también cualquier decisión tiene consecuencias de gran alcance y difíciles de prever, por eso ya no sirven las soluciones conocidas y simples. Los dos fenómenos más típicos de la nueva situación son el crecimiento del pluralismo y la interdependencia.

El *pluralismo* se muestra más evidente en las grandes ciudades de Occidente. Se han convertido en un hervidero multiétnico, multicultural y multireligioso, consecuencia de las migraciones, de la movilidad social y laboral, de las empresas multinacionales, como también por la facilidad en los traslados (los vuelos *low cost*), internet, etc. La pluralidad ya existía antes, pero por lo general cada cual permanecía en su lugar y los contactos eran limitados, puntuales, se limitaban más bien a los intercambios comerciales.

Todo esto ha cambiado radicalmente. Ahora encontramos la pluralidad hasta en nuestra casa, en el piso de arriba de nuestra casa. Por eso las culturas que antes habitaban cerca, pero que permanecían mutuamente impermeables, ahora viven juntas y están obligadas a relacionarse, a entenderse, tienen que afrontar problemas comunes y no pueden disimularlo como si nada hubiera cambiado. Los criterios de antes tal vez ya no sirven. Es necesario aprender a dialogar, hay que resolver nuevos problemas.

El pluralismo es un desafío porque modifica muchos de los presupuestos que creíamos fijos en nuestra vida. El pluralismo hace saltar la estabilidad. Genera la sensación de que todo sirve, pero que no hay una verdad objetiva. Hay solo distintas opciones posibles que, aunque sean opuestas entre ellas, son igualmente legítimas. Si todo sirve es porque, en realidad, nada sirve realmente.

La *interdependencia* significa que todo depende de todo porque todo está relacionado con todo —particularmente en el plano económico—: si, por ejemplo, Wall Street, es afectada por “un resfriado”, los que sufren “el dolor” de garganta son quizá los europeos; si la China baja los tipos de interés, esto quizá cree problemas a la economía del Brasil, etc.

Estos procesos nos obligan a cambiar muchos criterios y conductas, modos de interpretar y de valorar la realidad a la que estábamos acostumbrados; ahora ya no son capaces o suficientes para afrontar las nuevas situaciones. Los criterios de soberanía y autonomía nacional para resolver los problemas internos, criterios vigentes durante siglos, ahora son superados por el proceso histórico. Siguen siendo verdaderos solo para las grandes potencias políticas y económicas.

La interdependencia se ha desarrollado gracias a la total transformación de los medios de comunicación: teléfonos móviles, ordenador, smart phone y conexiones de satélites. La red mundial de internet ha batido las barreras del tiempo y del espacio: todo se sabe pronto y se conoce en todas partes. Sin semejante estructura serían impensables hechos que ahora se han convertido en cotidianos.

El mundo tiende irremisiblemente hacia la unidad planetaria (ONU, G20, OEA, mercados continentales, ecología mundializada); ¿pero se encuentra preparado para

esto? El reto consiste en lograr coordinar unidad y pluralidad. Nos encontramos ante un pluralismo creciente y, al mismo tiempo, ante la insuperable necesidad de una convergencia y de una coordinación entre ambas realidades, generadas por la interdependencia. Pero no es fácil conseguirlo.

Tensiones y tentaciones

Una situación así implica que se den diversas *tensiones*. La primera es la tensión entre *general* y *particular*. La globalización provoca la reacción de las minorías quieren defender su identidad propia: de nación, región, etnia, tradición, cultura, religión. En particular, propaga el miedo a ser engullidos por la avalancha de la cultura predominante e invasora; también existe el riesgo de que las diferencias sean aplastadas por un uniformismo empobrecedor. ¿Cómo sistematizar las diversas pluralidades en una unidad que no suprima las diferencias? ¿Cómo evitar que los fuertes no terminen por aplastar a los débiles? ¿Cómo conjurar el temor de que la acogida de lo diverso no termine por anular la propia identidad, haciendo que se deslice hacia una realidad mestiza, desvalorizada?

Las culturas... ahora viven juntas y están obligadas a relacionarse, a entenderse, tienen que afrontar problemas comunes.

Otra tensión es entre *lo ideal* y *lo real*. Junto a la evolución social, han surgido en las últimas décadas nuevas “conciencias” que no existían antes: la conciencia ecológica, la conciencia solidaria (voluntariado), la conciencia antirracista, la antiarmamentista, la conciencia de la explotación de las

mujeres y de los niños. Expresan *lo ideal*, son signos que miran al futuro.

Al mismo tiempo, sin embargo, algunos rasgos característicos de la cultura occidental postmoderna parecen contradecir las nuevas conciencias emergentes e invalidan su desarrollo. Esto es *lo real*. Quiero decir con esto que nuestra cultura es demasiado individualista, demasiado materialista (depende demasiado del bienestar, del consumo), demasiado relativista (lo que sirve hoy, quizá ya no sirva mañana, lo que me sirve a mí, quizá no te sirve a ti) para estar en condición de responder adecuadamente a estos retos. La presente serie de límites internos mina la consistencia de los valores y la continuidad de los compromisos, la firmeza de las opciones morales y la perseverancia de las convicciones que hoy son necesarias para afrontar los problemas. En fin, no parece que sea la base más adecuada para responder a los retos actuales.

De estas tensiones derivan algunas respuestas equivocadas, que yo llamo tentaciones, hoy muy difundidas.

La tentación *maximalista* es la respuesta que ofrecen los fundamentalismos. De raíz religiosa o secular, los fundamentalismos responden al desafío del pluralismo y del relativismo con la afirmación absoluta de las propias convicciones: rechazan cualquier diálogo y están convencidos que el único camino está en restablecer e imponer las seguridades que permitieron en su tiempo fundar la sociedad. A sangre y fuego, si es necesario.

La tentación *minimalista* sostiene que, ante un contexto donde todo es posible, basta asegurar un marco de tolerancia y de libertad para responder a los problemas de la globalización y del pluralismo. El problema es que esta tolerancia, idea legítima y cargada de prestigio, puede esconder una ambigüedad. Si nace de la acogida y aceptación del otro es válida y positiva; pero

también puede tener como raíz la simple indiferencia («*con tal de que no moleste, que haga lo que quiera*»). En el segundo caso se manifiesta ineficaz cuando aparecen los problemas. La base formal de las relaciones, que la tolerancia genera, no rige cuando estallan los conflictos.

Se necesita un vino nuevo

El dato interesante es que no faltan las estructuras para afrontar una situación semejante. La ONU o la Unesco no han nacido ayer; muchas organizaciones que aspiran a resolver los problemas derivados de la sociedad planetaria existen desde hace años. Pero no se sabe cómo hacer. Falta la luz. No se ha logrado comprender el modelo de unidad que hoy se necesita. Las mismas reacciones que hemos visto nos indican que se actúa y se trata de resolver las nuevas situaciones con ideas viejas, inadecuadas. Es ineficaz tratar de gestionar las nuevas situaciones con criterios del pasado, de la unidad indiferenciada.

Los criterios de la unidad sin pluralidad no sirven, porque el reto está precisamente en lo opuesto. ¿Cómo conseguir que aflore la unidad que respete y conserve las pluralidades? Pongamos un ejemplo para mejor entenderlo. Si la identidad personal es entendida como un bloque de piedra, cerrado, bien determinado, es difícil que pueda acoplarse con cualquier otro. Tiende a erigirse, a aislarse, a rehusar cualquier cambio. Si, en cambio, la identidad se entiende como un proceso abierto, una dinámica de cambio con otras realidades, que no niega aspectos irrenunciables, pero no se cierra porque mira hacia adelante y, en vez de temer los riesgos derivados de las relaciones, contempla las nuevas posibilidades, el panorama será muy distinto.

El modelo de unidad que parece emerger de la nueva situación social es el que valoriza

más el camino hecho juntos que no el resultado final; es el modelo que pone el acento sobre un estilo de donación en reciprocidad, como garantía de crecimiento, y no tanto sobre la ganancia que cada cual puede obtener. En otras palabras, se crece si se vive en el don de sí y no en afirmarse a sí mismos. Las tentaciones no aportan una respuesta porque la nueva situación exige un *cambio de paradigma*, cambio radical del modo de concebir las relaciones humanas. No basta solamente aprender a respetar las diversidades culturales, de costumbres, o de convicciones religiosas. Los retos de la globalización y de la interdependencia requieren aprender a coordinarse con los otros, estimular a “crear sistema”, o sea a coordinarse en reciprocidad

con el diverso, en el esfuerzo de encontrar un significado común que nos permita crecer juntos hacia un algo nuevo.

Según este horizonte se desprende que la única respuesta que puede coordinar unidad y pluralidad es justamente *la comunión*. El único estilo de relación capaz de superar los prejuicios y ayudar a crecer juntos es el don recíproco integral. Por eso no basta la pasividad del respeto, es necesaria la actividad del don, buscar la acogida, buscar la reciprocidad, comprenderse mutuamente. En este sentido es legítimo decir que la comunión es un signo de los tiempos, lo cual quiere decir que Dios nos llama hoy a actuar la gran revolución aún no realizada, la de la fraternidad.

UNIDAD, PALABRA DIVINA

«Hoy, la política es un arma que sirve a Satanás, pero podría servir también a Dios.

Es necesario que muchos vuelvan a abrazar este instrumento como una cruz, sin miedo de ensuciarse, sin negligencia.

El mundo, los católicos comprometidos en la política son muchos, pero falta la unión entre ellos que los haga presentarse como hermanos también externamente: falta “Jesús entre ellos” que los transformaría, en el mundo, en un potente ejército a su servicio.

Si un misionero vive en Tailandia o en la Tierra del Fuego, nuestro espíritu religioso le siente hermano y le ayuda. Pero si un católico se bate en el frente político de otro Estado, para salvar una ley cristiana, nosotros no sentimos su lucha como algo nuestro, tal y como deberíamos.

Es necesario poner más religión en la católica, más mística en la práctica, más sabiduría en el gobierno, más unidad entre todo.

Si hiciésemos en cada momento solo la voluntad de Dios, sin descuidarla y sin hacer más de lo necesario, veríamos cumplirse ante los pueblos, sobre los grupos religiosos y sobre el mundo; asistiríamos, como espectadores y actores, al desplegarse de los misterios de la Providencia sobre la tierra boca hablaría sabiduría.

La norma de las normas, la premisa de cualquier otra regla en la sociedad cristiana, es la presencia de Cristo prometida a la colectividad” “Donde están dos a tres reunidos en mi nombre, allí esto yo en medio de ellos”».

C. Lubich, *El atractivo de nuestro tiempo*, en *Escritos espirituales / 1*, pp. 258-259.

La vocación a encontrarse: una cita con la historia

Mauro Mantovani, s.d.b.

Frente a los hechos que suceden a diario, parece que el impulso hacia la unidad de la familia humana, de la cual la Iglesia es “signo e instrumento”, haya desaparecido. Y sin embargo, la actual situación eclesial y social evidencia lo importante que es mantener viva la conciencia de esta llamada y de esta cita de la historia.

Pero ¿interesa todavía la unidad?

Leo, 50 años después, las primeras líneas de la Constitución apostólica *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, dedicada a la Iglesia y a su ser «en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano», donde se afirma que «las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales, consigan también la unidad completa en Cristo» (LG, n. 1). Y la *Gaudium et Spes*, donde se habla del carácter comunitario de la vocación humana en el plan de Dios, dice:

«Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios... y todos son llamados al mis-

mo fin, esto es, a Dios mismo... Esta doctrina posee hoy extraordinaria importancia a causa de dos hechos: la creciente interdependencia mutua de los hombres y la unificación asimismo creciente del mundo» (GS, n. 24).

¿Pero esto es así hoy? ¿Realidad o utopía?

Entre estas lecturas y estas preguntas, llegaban desde París las primeras noticias de los atentados terroristas en la noche del viernes 13 de noviembre de 2015. Acontecimientos que el Papa Francisco comentó al día siguiente usando de nuevo la fuerte expresión «tercera guerra mundial... a pedazos». Y no mucho después fueron hechos públicos nuevos volúmenes que todos conocemos —sobre todo porque los medios de comunicación se han encargaron de airearlos— sobre el Vaticano y sus *Vatileaks*. ¿Qué pensar, con todos estos “cuervos” de mal agüero?

En este contexto, ¿todavía podemos mirar a la Iglesia y a su identidad y misión de asumir el desafío y las llamadas a la unidad que nos vienen de la historia? ¿Existen todavía? Se diría que la tendencia a la unidad está apagada a distintos niveles. Pero no, es un tema que continúa estando eclesialmente vivo, es un desafío para nuestro tiempo.

Como levadura que fermenta la masa

Como han repetido en distintas ocasiones los Papas Benedicto XVI y Francisco, *la Iglesia crece* no por proselitismo, sino *por testimonio, por atracción*, y su eficacia apostólica no depende de la eficiencia y de la potencia de sus medios, sino que sobre todo es su vida la que habla, de la cual deben transpirar la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo.

Ante la pérdida de influencia, ante los distintos obstáculos externos e internos, surge la oportunidad de redescubrir y cultivar la conciencia de ser “pueblo de Dios”. Una Iglesia, pues, que parte siempre del contacto con las personas y situaciones que tiene delante, considerando siempre que la realidad está por encima de las ideas. Que “huela” a pueblo y a calle, que derrama aceite y vino sobre las heridas de los hombres, que se compromete en favor de los últimos y que promueve la justicia social. Una Iglesia consciente de que debe ser Iglesia “hoy”, de sentirse llamada a ser “experta en humanidad” y a “dar forma” a la sociedad. Con el modelo del testimonio y del encuentro.

Es interesante notar que las comunidades cristianas que se encuentran en situación de minoría, como en Tierra Santa, donde los cristianos están cada vez más marginados a causa de una progresiva judaización y donde se vive con el terror del Estado Islámico en sus fronteras, existen ejemplos interesantes de participación y de vivacidad. E incluso existen realidades ver-

daderamente proféticas: se sabe que en Israel la Iglesia consigue crear estructuras queridas también por los musulmanes, creando tejidos de diálogo.

Una Iglesia... que “huela” a pueblo y a calle, que derrama aceite y vino sobre las heridas de los hombres, que se compromete en favor de los últimos y que promueve la justicia social.

Se comprende así la importancia de la presencia como *fermento en la pasta*, en los distintos campos de la política, de la educación, de la economía, en el mundo del trabajo, de la escuela, de los medios de comunicación, etc., para introducir fermentos evangélicos. Es siempre estimulante el texto de la carta anónima del siglo II dirigida a Diogneto: «*Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble... Cumplen todos sus deberes como ciudadanos... Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir, superan estas leyes... Por decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo... Los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo... Se sienten retenidos en el mundo, pero son ellos los que sostienen al mundo*».

“En salida”, hacia los pobres

Precisamente por esto la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* propone una idea de evangelización que compromete a la Iglesia a ser más abierta, nada autorreferencial, siempre contextualizada en la realidad histórica concreta y en sus condiciones:

«*La tarea evangelizadora se mueve entre los límites del lenguaje y de las circunstancias. Procu-*

ra siempre comunicar mejor la verdad del Evangelio en un contexto determinado, sin renunciar a la verdad, al bien y a la luz que pueda aportar cuando la perfección no es posible. Un corazón misionero sabe de esos límites y se hace “débil con los débiles... todo por todos”... Nunca se cierra, nunca se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez de la autodefensa»¹.

Una evangelización integral desde el punto de vista educativo y cultural, capaz de expresar una *opción preferencial por los pobres*, categoría esta última que, para el papa Francisco, antes de ser una noción de carácter cultural, sociológico, político o filosófico, es un “lugar teológico” que todos los cristianos, sin excluir a nadie, deben habitar:

«Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Esta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales... Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social... Confío en la apertura y las buenas disposiciones de los cristianos, y os pido que busquéis comunitariamente nuevos caminos para acoger esta renovada propuesta»²

El diálogo “desde dentro”, con todos

Ciertamente, el impulso en la búsqueda comunitaria de estas “nuevos caminos” lleva a asumir con responsabilidad el compromiso de la acción de *inserción educativa* por parte de la Iglesia, justamente para evitar el hecho de que se perpetúen en el tiempo las condiciones de injusticia y pobreza que se quieren superar. Frecuentemente, como ha indicado J. M. Laporte, *«sin una educación y sin poder experimentar otros horizontes existenciales, los habitantes de estas periferias tienden a no buscar mejoras, a no salir de la situación de postración económica y espiritual en la que se encuentran. La educación y la interacción con otras realidades les ayuda a encontrar otros modelos*

a luchar por una mejora para ellos mismos y para sus familias»³.

La Iglesia realiza, pues, una acción educativa, extendiendo su acción por la “caridad samaritana”, que responde y sabe hacer frente a las exigencias inmediatas, a una verdadera y propia “caridad intelectual”. Así la acción evangelizadora se extiende también a otro importante tipo de contextos, los formados por personas o grupos que *«habiendo tenido oportunidades educativas, excluyen en cualquier caso, como punto de partida, la dimensión religiosa del hombre, su apertura a la trascendencia y la posibilidad de buscar la verdad. Son personas que se descartan a sí mismos, privándose de algo esencial, de la certeza de un destino eterno y de la luz del Resucitado. Son... hombres ricos de información y pobres en su actitud vital (en sentido amplio), al contrario de aquellos que quizá son ricos en el modo abierto de afrontar la existencia, pero pobres de conocimientos»⁴.*

También en este caso la Iglesia se convierte en propuesta de verdadera y propia fraternidad al compartir la búsqueda de la verdad orientando la mirada común en derribar los muros de las clasificaciones fáciles para ampliar la razón y repensarla en su límite y en su grandeza.

Para esta actuación de mediación y de diálogo “desde dentro”, donde nadie está excluido, puede ser muy interesante volver a leer las palabras del papa Benedicto XVI en París en 2008 sobre la “universalidad” de Dios y de la razón abierta hacia él, que motiva la necesidad misma de la fe cristiana de hacerse *comunicable a todos*, de *no descartar a nadie*:

«De hecho, los cristianos de la Iglesia naciente no consideraron su anuncio misionero como una propaganda, que debiera servir para que el propio grupo creciera, sino como una necesidad intrínseca derivada de la naturaleza de su fe... La universalidad de Dios y la universalidad de la razón abierta hacia Él constituían para ellos la motivación y también el deber del anuncio.

Para ellos la fe no pertenecía a las costumbres culturales, diversas según los pueblos, sino al ámbito de la verdad que igualmente tiene en cuenta a todos»⁵.

La vocación de todos a ser Iglesia, en camino hacia Cristo Resucitado

Hay un amplio espacio, por lo tanto, para mostrar hoy —con mayor razón— cómo la Iglesia sigue estando llamada a expresar la intrínseca dimensión comunitaria de la vocación humana en el plan de Dios, y a hacer suyo el desafío de la comunión y de la unidad en la riqueza de la variedad y no en la uniformidad.

Esto es evidente a nivel de las *mutuae relationes* entre las distintas vocaciones, entre congregaciones e institutos religiosos de antigua o de reciente fundación, entre clérigos, religiosos y laicos; y en la relación entre Iglesia y mundo, haciendo propias «*las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy*».

Una humanidad que a pesar de todo, busca la paz, con la creación, entre los pueblos, entre religiones y culturas. Giorgio La Pira recordaba cómo la expresión del Salmo 84 «*misericordia y verdad se encuentran, justicia y paz se besan*» constituye el *desafío perenne* ya proyectado por la Iglesia en la historia.

«*El camino hacia la paz y una sociedad abierta, como comenta V. Possenti, es el camino de Isaías, por el que caminan los pueblos y las naciones, hacia el monte del Señor, para liberarse de la idolatría, del endiosamiento del hombre, de su afán de riqueza y de poder, del instinto de dominio e injusticia*»⁶.

La Pira estaba convencido de que este camino que se dirige al punto atractivo de la historia universal tiene como meta a Cristo resucitado, «*porque la energía que se libera de la resurrección de Cristo pone levadura y fermenta sin cesar los corazones de los hombres y*

la vida de las sociedades humanas, infundiendo una fuerza de apertura que no deja que se paralice ni desordene las metas demasiado fáciles»⁷.

Una humanidad que a pesar de todo, busca la paz, con la creación, entre los pueblos, entre religiones y culturas.

Esta es la tarea de la Iglesia, al apoyar al mundo en su camino hacia la paz y la unidad, en ofrecer a la historia, por Cristo resucitado, las primicias de la “nueva creación”: «*Este cuerpo glorioso de Cristo resucitado, seguía escribiendo, actúa invenciblemente (a pesar de todo) como levadura transformadora y como modelo que se alza atractivo sobre el cuerpo de la ciudad terrestre: sobre el cuerpo total de las familias, de las ciudades, de las naciones, de la civilización, de los pueblos de todo el planeta*»⁸.

Así, a pesar de los dramas de la historia, puede seguir resonando la estrofa del canto según la cual:

*«vendrán cielos nuevos
la tierra florecerá
viviremos como hermanos
la Iglesia es caridad».*

¹ Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 45.

² *Ibid.*, n. 201.

³ J. M. Laporte, *Comunicación de la fe y periferias existenciales: algunas reflexiones sobre la Evangelii Gaudium*, Roma 2014.

⁴ J. M. Laporte, *cit.*

⁵ Benedicto XV, *Discurso durante el encuentro con el mundo de la cultura al Collège des Barnardins*, París, 12 septiembre 2008.

⁶ V. Possenti, *Pace e guerra tra le nazioni. Kant, Maritain, Pacem in terris*, Studium, Roma 2014, p.159.

⁷ *Ibid.*, p. 160.

⁸ G. La Pira, *Ciò che dice La Pira oggi*, Libreria E. F., Firenze 1970.

Mirando al modelo trinitario

Alessandro Clemenzia

En este artículo se presenta la importancia que el tema de la unidad ocupa en el actual contexto social y cultural: la dinámica trinitaria como lógica y como lugar para interpretar la realidad de Dios y la del hombre.

Una mirada a la actualidad del tema

El deseo y la urgencia de afrontar una reflexión sobre el tema de la unidad, desentrañando los nudos problemáticos y las posibles dificultades de tipo teórico, además de insertarse dentro de una reflexión plurisecular sobre el tema, encuentra en el contexto actual su motivación principal. El sistema político, social y económico actual, que se ha ido creando mediante el rápido y constante proceso de globalización, tiene un valor idealmente positivo al tender a la constitución de una realidad unitaria, posible por la relativización de las diferencias culturales. En ese recorrido intercontinental, sin embargo, se ha constatado una asimetría cada vez más evidente entre las partes implicadas, sistemáticamente desfavorable a los países más pobres; más allá de las lógicas de mercado que han caracterizado las relaciones, en

este contexto de crisis parece volver a emerger, de modo siempre nuevo, el antiguo problema de la relación entre lo global y lo local. El objetivo fundamental es el de llegar a una unidad que contenga en sí misma la distinción, de modo que invente una única realidad en la que sean respetadas las particularidades de cada pueblo (que vive en un determinado contexto histórico, social y cultural).

Este modo de entender la relación interna de la unidad entre las distintas partes que la componen, puede verificarse transversalmente: desde la cuestión ecuménica a la filosófica, desde la teología a los pronunciamientos intelectuales de cualquier reflexión económica y política. Sea cual fuere el objeto en cuestión, es evidente que lo más urgente y emergente en la crisis actual es precisamente una correcta comprensión del significado del *otro* y del *uno*, es decir, la que se refiere a la apertura al

otro (justamente en cuanto otro) y la realización de una forma específica de unidad que no elimine los múltiples elementos que forman parte de la persona y que dan valor a las dinámicas internas de la relación.

Significado de unidad

La actualidad está demandando una clarificación cada vez más profunda del significado de “unidad”, que, de hecho, cubre un vasto campo semántico. En diversos diccionarios a la unidad, desde un punto de vista léxico, se la define como lo *contrario* de “multiplicidad”, “diferencia”, “diversidad”, “distinción”, y como *sinónimo* de “identidad”, “simplicidad”, “singularidad”, llegando a establecer, como derivados suyos, otros términos como “univocidad”, “uniformidad” y “universalidad”.

Se habla de *unitas* en diversas acepciones: como una realidad absoluta y última, un resultado final y sintético, que no se agota dentro de los distintos procesos de amasado o mezcla de los que está compuesta; otras veces, en cambio, como medida calculable, dentro de la esfera cualitativa; en este sentido, es considerada como una identidad inicial abstracta, y no como un resultado final; otras veces la unidad es descrita como una totalidad, que, en cuanto tal, es ya en sí misma fundamentalmente relacional, porque abarca la idea de diferencia.

La unidad está en estrechísima relación con la distinción: sin reducirse la una a la otra, se reclaman constantemente en su significación: si en la unidad se perdiese la diferencia totalmente, entonces se trataría de una simple homologación; si, en cambio, la diferencia se conservara de modo absoluto, entonces no se podría comprender, ni siquiera desde un punto de vista lógico, una posible unificación.

A la luz de estas pinceladas, se puede in-

tuir la complejidad que gira en torno a la categoría de “unidad”; y esto requiere, cada vez que nos dispongamos a afrontar este tema, que cada cual ponga en claro dentro de qué ámbito quiere desarrollar su discurso.

La aportación de la teología: la unidad trinitaria

Teniendo en cuenta la amplitud y complejidad de significado del término unidad, la teología puede ofrecer una preciosa aportación, sobre todo para una correcta y equilibrada articulación de la relación entre unidad y distinción. Un peligro para la teología es el de hablar, en referencia a la Trinidad, de unidad, aludiendo a que Dios es “uno” y “único”, y sobre distinción, para argumentar el tema de las tres Personas divinas (como si se tratase de dos capítulos de un único volumen). En este sentido, el término unidad, es decir, por lo cual Dios es “uno”, se refiere explícitamente a la común naturaleza divina. Tal acepción no es equivocada, pero es reductiva para expresar el alcance de este término en la vida divina, en cuanto que puede llevar a considerar, como ya ha sucedido en el pasado, la unidad como “la otra cara” de la trinidad de Dios.

La actualidad está demandando una clarificación cada vez más profunda del significado de “unidad”, que, de hecho, cubre un vasto campo semántico.

En *De Trinitate* de san Agustín, pueden encontrarse al menos tres modos diferentes de entender la unidad en Dios. Sintéticamente se puede afirmar que en Dios hay una unidad sustancial (en referencia a su naturaleza divina), una unidad personoló-

gica (que concierne al Espíritu Santo, *vinculum unitatis* entre Padre e Hijo), y, por último, una unidad como “evento relacional” entre las tres Personas divinas. Presentemos las intuiciones agustinianas en una reflexión teológica más amplia.

El primer modo de entender la unidad se refiere a la común esencia divina, o sea, al hecho que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son los tres Dios: ellos son totalmente “uno”, excepto en el modo con que cada uno se relaciona con el otro¹. Esto significa que también donde se quiere afirmar la unidad de la esencia divina, por lo cual los Tres son uno, se afirma, al mismo tiempo, su relación recíproca, que implica distinción.

«Cada una está en cada una de las otras, todas están en cada una, cada una en todas, todas en todas y todas son una sola cosa».

Hay un segundo modo de comprender la unidad en Dios: la realizada entre el Padre y el Hijo, por el Espíritu Santo. La tradición teológica enseña que los nombres divinos son “relativos”, en cuanto expresan la peculiar relación que cada Persona establece con las otras: por lo cual el Padre dice paternidad, el Hijo dice filiación; el Tercero, sin embargo, hace excepción, en cuanto que los términos “espíritu” y “santo”, pudiendo ser aplicados al Padre y al Hijo, son propios de la común naturaleza divina. No es casualidad que Agustín, para explicar la especificidad de la tercera Persona de la Trinidad, haya preferido denominarla “don” y “caridad”, justamente para resaltar mejor su peculiar acción de poner en relación, no solo a nivel intratrinitario, sino también con referencia a los hombres. De hecho, todo don hace implíci-

tamente referencia tanto al que da (el donante), como al que recibe el don (el beneficiario). Pero es un don particular, en cuanto no vive de modo pasivo la relación entre Padre e Hijo, sino un don activo, que se da². Otro término que subraya la acción específica del Espíritu Santo como unidad divina es *caridad*. También este lema, como se ha visto a propósito de “espíritu” y de “santo”, presenta la dificultad de ser aplicado en la Escritura a Dios, sin distinciones trinitarias: siendo Dios caridad, a cada Persona divina se le puede aplicar este lema; sin embargo, entre las tres Personas, es al Espíritu a quien mejor se aplica, justamente por su capacidad de unir, no solo a nivel trinitario (es decir, Padre e Hijo), sino también en el plano antropológico en referencia a Dios. El amor es una realidad dinámica, que abraza al que ama y al que es amado³. El Espíritu Santo, pues, es la unidad misma entre Padre e Hijo, aquel que tiene la función personal de unir, y, por tanto, de distinguir la alteridad: el Tercero, de hecho, cuanto más une, más distingue; cuanta más unidad hay, tanta más distinción existe.

Hay un tercer modo de entender la unidad en Dios, como “evento relacional”. Un término que sintetiza esta dinámica entre las tres Personas divinas es *pericoreosis*⁴: la unidad entre los Tres es tan íntima que se puede expresar como compenetración recíproca. El ser la una en la otra de las Personas divinas significa que la peculiaridad de cada una, que la hace ser ella misma (y por tanto distinta), le es dada por la relación que ella tiene con las otras; relación *con* las otras, *en* las otras: cada una hace espacio en sí a las otras y es totalmente vertida en ellas; la identidad de cada una solo puede comprenderse a partir de la relación.

Agustín de Hipona describe así la dinámica pericorética en Dios: *«Cada una está en cada una de las otras, todas están en cada una,*

*cada una en todas, todas en todas y todas son una sola cosa*⁵. Esta relación no implica ninguna confusión: «no hay confusión por mezcla alguna, si bien cada una está en sí misma, y todas se hallan mutuamente en todas, cada una en las otras dos, y las otras dos en cada una. Por consiguiente, todas en todas»⁶. Y precisamente a través de estas dinámicas, todas son *unum*. La unidad que emerge aquí no solo tiene un carácter plural (en cuanto que son Tres), sino que se presenta como la modalidad con la cual ellas se relacionan entre ellas: son *unum* en cuanto todas en todas. Sintéticamente, se puede afirmar: son Tres, y, por tanto, “Uno”, donde la unidad es la dinámica a través de la cual se relacionan entre ellas⁷.

Conclusiones

Hemos subrayado que el tema de la unidad juega un papel decisivo, no solo por la centralidad de función que ha tenido en la historia del pensamiento filosófico y teológico, sino también partiendo del contexto actual. El término unidad, sin embargo, no tiene un significado unívoco: todavía se usa en oposición a la distinción, a la alteridad, a la diferencia. Sin embargo, el evento trinitario, tal como se ha manifestado en Cristo y en el Espíritu Santo, tiene algo que decir sobre esta cuestión. Hemos destacado, a partir de la aportación de Agustín de Hipona, que hay tres acepciones diferentes para comprender la unidad en Dios, y en todas aparece un vínculo imprescindible con la distinción: en ningún caso pueden considerarse antagonistas o que una sea negación de la otra.

Antes de nada está la unidad de la naturaleza, que hace referencia a aquello por lo cual cada Persona es Dios, ya que la esencia divina es la misma. Después está la unidad realizada por el Espíritu Santo: la acción del Tercero, que es en su ser relación entre Padre e Hijo; el Pneuma divino es

aquel que une Padre e Hijo, y, por tanto, los distingue entre ellos. En Dios, por último, está la unidad como evento relacional entre las tres Personas divinas; se trata de la unidad como ejercicio y praxis de ser de cada una en relación con las otras.

Hablar de unidad, pues, significa afirmar al mismo tiempo la distinción: no se da la una sin la otra, pero cada una permaneciendo en la otra ella misma. Concluyo este artículo citando algunas palabras que el patriarca ecuménico Bartolomé I, arzobispo de Constantinopla, pronunció el pasado octubre de 2015, en la *Lectio Magistralis* con ocasión del Doctorado *honoris causa* en “Cultura de la unidad” concedido por el Instituto Universitario Sophia: la necesidad, para la Iglesia católica y para la ortodoxa, de «*ser para el mundo icono de Cristo y, como él, en la unidad, ser también diversidad*».

¹ «*In Deo omnia sunt unum ubi non obviat relationis oppositio*»: Concilio de Florencia. *Bula Cantate Domino*, en J.D. Mansi (ed.), *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collection*, París- Lipsia 1910-1927 (b), 1736^a.

² Escribe Piero Coda a este propósito: «*El don es don si el dador da y se da: la verdad del don que consiste en ser capaz a su vez no solo de ser objeto, sino también principio de don. El Espíritu es don que da*» (P. Coda, *Se l'uno e anche il suo altro*, en P. Coda – M. Donà, *Pensare la Trinità. Filosofia europea e horizonte trinitario*, Città Nuova, Roma 2013, pp. 9-96).

³ Cf. *De Trinitate*, VIII, 10, 14.

⁴ Lema acuñado en el ámbito cristológico por Gregorio Nacianceno (*Ep.* 101, 6) para explicar la distinción y la unidad interna de las dos naturalezas de Cristo, y aplicado en el ámbito trinitario por Juan Damasceno (*De fide Orthodoxa*, I, 14).

⁵ «*Ita et singula sunt in singulis, et omnia in singulis, et singula in omnibus, et omnia in omnibus, et unum omnia*» (*De Trinitate*, VI, 10, 12)

⁶ «*Et nulla commixtione confunditur, quamvis et singula sint in se ipsis, et invicem tota in totis, sive singula in binis, sive bina in singulis. Itaque omnia in omnibus*» (*De Trinitate*, IX, 5, 8).

⁷ Cf. *De Trinitate*, IX, 5, 8.

El alma de la comunión eclesial: la dinámica trinitaria

Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.

La luz derramada por el Espíritu Santo en el Concilio está iluminando siempre a la Iglesia. Mediante la espiritualidad de comunión y la aportación específica del carisma de la unidad de Chiara Lubich, florecen relaciones de reciprocidad entre las personas y entre las distintas realidades eclesiales. Al vivir el mandamiento nuevo, la Iglesia se manifiesta «pueblo reunido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4). Así la dinámica trinitaria se convierte en el alma de la Iglesia.

PERSONAS de cultura y religión diferentes sienten hoy la tensión a la unidad y aspiran a formar una única gran familia, de modo que el mundo sea un «espacio de verdadera fraternidad» y la humanidad se transforme en «familia de Dios» (cf. GS 37). Pero, ¿a quién hay que mirar para realizar un proyecto tan osado? Y sobre todo ¿qué fuerza espiritual permite su realización en la tierra? Iluminada por el Espíritu Santo, la Iglesia, atenta a captar los signos de los tiempos, en el Concilio redescubre su verdadera identidad de ser “comunión” y su misión de tender a la unidad perdida por Jesús al Padre: «*que todos sean uno*» (Jn 17, 21)

A imagen de la Trinidad

La verdadera revolución copernicana comienza cuando la Iglesia redescubre la dinámica del amor trinitario como norma de su comunión y de su misión. Dios envió a su Hijo para que «*los creyentes tuvieran así, por Cristo, acceso al Padre en un solo Espíritu*» (cf. Ef 2, 18; LG 4). En este Espíritu se funden en unidad y constituyen el nuevo Pueblo de Dios (LG 1). La Iglesia del siglo XXI se profesa sacramento de la comunión y de la unidad (LG 9), y por eso revisa, a la luz de la reciprocidad trinitaria, las dos características del nuevo Pueblo de Dios: la idéntica vocación de todos a ser Iglesia, Cuerpo

de Cristo, y las relaciones entre sus distintos miembros, que expresan diversidad de tareas y de carismas¹ (cf. GS 24). Dado que la unidad eclesial se realiza en el amor recíproco, no puede ser monolítica o estática, sino que, a imagen del amor trinitario, se expresa en la unidad y en la distinción. Esta unidad trinitaria debe caracterizar cada célula y cada nivel de la vida de la Iglesia, informar las relaciones entre las distintas realidades eclesiales y los diversos diálogos. Así podrá iluminar a la sociedad civil y guiar a los pueblos hacia un nuevo orden mundial.

La aportación de un carisma

El Espíritu Santo, suscitando la autoconciencia de ser *koinonía* a imagen de la Trinidad, le ha dado una espiritualidad capaz de actualizar en el hoy de la Iglesia y de la sociedad la dinámica típica del amor trinitario, revelando su secreto. Escribe Chiara Lubich: «Desde el comienzo del Movimiento nos han fulgurado las palabras de Jesús en la oración de la unidad: “Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean una sola cosa, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21)»². Al poner en práctica el «como yo os he amado» del mandamiento de Jesús, se experimentó el cumplimiento de su promesa (cf. Mt 18, 20).

Y, si está Jesús en medio –señala Chiara–, “fluye libremente” y más plenamente entre nosotros la vida trinitaria, que estaba en nosotros por el bautismo y los demás sacramentos. En esta experiencia de amor recíproco, que tiende a la unidad, se experimenta análogamente la dinámica trinitaria en la cual nos hacemos uno, pero también emerge plenamente el nosotros, iguales y distintos. Exactamente como en la Trinidad, en la cual el Padre y el Hijo, amándose uno a otro, se encuentran en el Espíritu, unidos y diferentes³.

«Cuando Él está en medio de nosotros, somos un solo Jesús, pero también somos tres Jesús al mismo tiempo»⁴. Por tanto, la experiencia mística de Jesús presente en la unidad realiza la Iglesia en su realidad más profunda: la de ser comunión a imagen de la Trinidad. La presencia de Jesús en medio de los suyos constituye su mismo Cuerpo, la Iglesia. Tanto que Tertuliano observa: «Donde tres están reunidos, aunque sean laicos, allí está la Iglesia»⁵.

Participar en la comunión trinitaria

Cada vez es más clara la convicción de que las relaciones dentro de Dios Trinidad, la vida que une al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, su don recíproco, su ser en relación de amor, constituyen la ley y el dinamismo que califican profundamente la vida misma de la comunidad eclesial en todos sus aspectos y que representan la explicación última de la Iglesia, no solo en su realidad íntima, sino también en sus estructuras visibles. La unidad en la diversidad, las relaciones interpersonales entre los miembros se plasman según la unitrinidad divina; y la misma vida trinitaria es también el fundamento divino último de la jerarquía y de la relación que se establece entre ella y los fieles. «Este es precisamente el misterio del cuerpo místico depositado según el modelo de la Trinidad»⁶. Con distintas modalidades.

– Entre la Iglesia universal y las Iglesias locales: si la Iglesia es el «Cuerpo de los Tres», como sostiene Orígenes⁷, la articulación de la comunión eclesial no es sino el reflejo análogo de las relaciones trinitarias. Dado que el Resucitado está presente tanto en una comunidad pequeña como en toda la Iglesia, la relación entre lo particular y lo universal es una relación trinitaria. Afirma Odo Casel: «No es que la única Iglesia se fragmente en una pluralidad de comunidades, ni que la multiplicidad de comunidades individuales unidas forme la única Ecclesia. La Ecclesia es

solamente una, dondequiera que aparezca, está toda entera e indivisa, incluso allí donde solo dos o tres están reunidos en el nombre de Cristo»⁸.

Así pues, la relación entre la Iglesia local y la universal refleja la relación trinitaria. De Margerie afirma: «La presencia de la Iglesia universal en cada una de las Iglesias particulares lleva consigo, misteriosa pero realmente, la presencia de todas en cada una, como una circumincesio de las Iglesias particulares entre ellas en el seno de la Iglesia universal»⁹.

La unidad en la diversidad, las relaciones interpersonales entre los miembros se plasman según la Trinidad divina; y la misma vida trinitaria es también el fundamento divino último de la jerarquía y de la relación que se establece entre ella y los fieles.

– Entre las Iglesias: si la relación entre las Iglesias locales y la Iglesia universal es una relación trinitaria –observa Marisa Cerini–, como los individuos han de ser Jesús para tenerlo entre ellos, así las Iglesias locales deben ser Iglesia (por tanto, unidad con Cristo y entre los miembros dentro de cada una de ellas), pero son plenamente Iglesia cuando, a través de su obispo, están en unidad y comunión con el Papa y con todas las demás Iglesias¹⁰. El Colegio de los obispos es signo visible de toda la realidad eclesial. «De hecho, –escribe Ratzinger–, en su profundidad última, remite al misterio del Dios trino [...]. La unidad de la Iglesia ahonda sobre la “pericóresis de las Iglesias”, en la pericóresis del oficio episcopal»¹¹. La colegialidad, llevada a nivel existencial, afectivo y efectivo, por la presencia de Jesús entre los obispos «*hará más plena y manifiesta la realidad ontológica sacramental, que hace de todos los obispos un úni-*

co episcopado, y fecundará el servicio de cada uno de ellos en la unidad de toda la Iglesia»¹².

– Entre las familias religiosas, los movimientos, las nuevas comunidades. Esta dinámica trinitaria, exigida y comunicada por Jesús en medio de los suyos, deberá marcar las relaciones entre todas las demás realidades eclesiales que componen la Iglesia-comunión: entre las comunidades y los institutos religiosos, entre los movimientos y las instituciones nacidas de la variedad de los carismas ordinarios o extraordinarios, así como con las nuevas comunidades, todas expresiones de un carisma que el Espíritu ha dado para la edificación del único Cuerpo de Cristo (cf. *1Co* 7, 12). Cada cristiano –pero también cada instituto– para ser Iglesia debe abrirse para acoger el don de las otras realidades eclesiales y tener en el corazón cuanto ha sugerido Juan Pablo II: «*El hermano de fe –aunque pertenezcan a otro instituto, a otra comunidad– me pertenece*» (NMI 43). En la dinámica de la comunión trinitaria de unidad y distinción es posible descubrir que la propia identidad carismática se resalta con el don del propio carisma en la comunión y en la apertura al carisma del otro. «*No existen carismas que se pueden vivir como cerrados en sí mismos –sostiene Jesús Castellano– porque no procederían del único Espíritu que lo ordena todo en la reciprocidad de la comunión y todo lo finaliza hacia la unidad del plan de Dios*»¹³. De este misterioso sello de Jesús vivo “entre los religiosos” brotarán auténticos hijos de los fundadores. Entonces serán más Jesús por el amor recíproco, y, por tanto, más auténticamente reflejos de Jesús, como los fundadores en el cielo. Y esto vale también para las asociaciones y los movimientos, portadores de dones y carismas diversos. Poniendo al servicio de los demás la gracia recibida, se colabora en la edificación del cuerpo eclesial en la caridad (cf. *1P* 4, 10; *Ef* 4, 16).

En los diálogos

La dimensión trinitaria abarca también los diálogos que la Iglesia ha emprendido después del Concilio. Además del diálogo interno entre todas las realidades eclesiales, la Iglesia siente que ha de establecer una relación de comunión y de don recíproco con las demás Iglesias y denominaciones cristianas. El diálogo teológico –y aún antes el de la caridad– lleva a descubrir, en el respeto de las peculiaridades, las riquezas que cada Iglesia posee y la posibilidad de darse y acogerse recíprocamente. La comunión entre las Iglesias se favorece comprometiéndose en testimoniar la unidad «para que el mundo crea» y colaborando para que se superen los problemas que afligen a la humanidad.

En el diálogo con los fieles de las otras religiones también es posible el don recíproco del patrimonio religioso que cada cual posee. Pietro Rossano ve en la relación que se instaura a través del diálogo una oportunidad para hacer crecer juntos una relación que llame a los sujetos a una relación nueva con Dios y con los hermanos, en una forma que trasciende el ámbito de todas las religiones, porque está anclada en el misterio de Dios Uno y Trino, participando los hombres en Jesucristo. Esta relación nueva, lejos de destruir el patrimonio religioso preexistente, lo purifica y lo dilata hacia horizontes antes desconocidos¹⁴.

Esta reciprocidad trinitaria es lo que da sentido, explica y estructura la catolicidad de la Iglesia. «En virtud de esta catolicidad, cada parte ofrece sus dones a las otras, y a toda la Iglesia, de manera que el todo y cada parte se enriquezca con la aportación de todas [...] y con sus esfuerzos se tienda hacia la plenitud de la unidad» (LG 13; cf. GS 2).

Así la Iglesia experimenta concretamente, y a todos los niveles, su ser comunión a imagen de la Trinidad, convirtiéndose en el lugar donde es posible experimentar el “ya”

de la Trinidad, aunque todavía no es definitivo. Escribe a este respecto De Lubac:

«Dios no nos ha creado para que morásemos en los confines de la naturaleza, ni para que viviéramos una vida solitaria: nos ha creado para ser introducidos juntos en el seno de su vida trinitaria. Jesucristo se ha ofrecido en sacrificio para que fuéramos una cosa sola en esta unidad de las Personas divinas. Hay un lugar en el que, desde esta tierra, comienza esta reunión de todos en la Trinidad. Hay una familia de Dios, misteriosa extensión de la Trinidad en el tiempo, que no solo nos prepara para esta vida unitaria y nos da garantía segura de ella, sino que ya nos hace partícipes de la misma. “Pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”: tal es la Iglesia, que está llena de la Trinidad»¹⁵.

¹ Cf. Juan Pablo II, *Discurso en el Ángelus*, 22/3/1987, en *L'Osservatore Romano*, 23-24.3.1987, p. 1.

² C. Lubich, *Lectio Honoris Causa en Teología en la Universidad de Manila*, en *Nuova Umanità*, XIX (1997/1) 109, p. 24.

³ Cf. C. Lubich, cit. en J.M. Povilus, “Jesús en medio” en *el pensamiento de Chiara Lubich*, Ciudad Nueva, Madrid 1988, 72 ss.

⁴ C. Lubich, grabación del 19.11.1975.

⁵ Tertuliano, *Exhortación a la castidad*, PL 2, 971.

⁶ Cf. C. Lubich, *Sí, sí, no, no*, en *Escritos Espirituales/2*, Ciudad Nueva, Madrid 1999.

⁷ Orígenes, *Comentario a Mateo XIV, 15* en *PG* 1187.

⁸ O. Casel, *Il mistero dell' Ecclesia*, Città Nuova, Roma 1965, p. 181.

⁹ B. de Margerie, *La Trinité chrétienne dans l'histoire*, Beauchesne, París 1975, p. 396.

¹⁰ Cf. M. Cerini, *Trinità e Chiesa: una riflessione teologica a partire dell'esperienza di “Gesù in mezzo”*, en *Nuova Umanità*, V (1983/6) 30, p. 111.

¹¹ Cf. J. Ratzinger, *Il nuovo popolo di Dio*, Queriniana, Brescia 1969, pp. 234-235.

¹² *Ibid.*

¹³ Cf. A. Beghetto, *Creer juntos en Cristo*, Ediciones claretianas, Madrid 1990, p. 45 ss.

¹⁴ Cf. P. Rossano, *Il problema teologico delle religioni*, Paoline, Catania 1975, pp. 46-49.

¹⁵ Cf. H. De Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1958.

¿Cómo se realiza la unidad?

Marcello Scarpa, s.d.b.

Cuando se le preguntaba a Chiara cuál era la característica específica del Movimiento de los Focolares, su respuesta era siempre la unidad. En este artículo recorreremos, siguiendo a la misma Chiara, los pasos que hay que hacer para encarnar la unidad de modo concreto en la realidad histórica.

CUANDO Dios habla, lo hace siempre en un contexto histórico, que se convierte en historia de salvación.

Así fue con los profetas del pueblo de Israel, con el *fiat* de María, con los santos de ayer y de hoy. La historia es el lugar donde Dios continúa entretejiendo su acción salvífica buscando con el hombre un diálogo de libertad. Chiara, como leeremos en sus mismas palabras, ha visto una *realidad de luz*, pero esa misma luz iluminaba ya la *realidad del mundo* que, aunque atravesado por muchas tensiones, tendía a la unidad:

«Hoy lo que caracteriza a nuestro mundo es una fuerte tensión... Existe una tensión entre el Este y el Oeste desde hace tanto tiempo; tensión entre el Sur y el Norte; hay tensiones en varios puntos del mundo, por ejemplo en Oriente Medio... Sin embargo..., si nosotros somos algo sensibles al modo sobrenatural distinto con que ve el Espíritu, deberíamos hacer también otra constatación: que a pesar de toda esta tensión, no podemos negar, que el mundo, paradójicamente,

tiende a la unidad. Es un signo de los tiempos, lo debemos constatar y admitir: nuestro mundo tiende a la unidad»¹.

En correspondencia con el *deseo de unidad* que impregnaba el mundo, *la unidad se convertía en el deseo* que ardía en el corazón de un pequeño grupo que la reconoció como vocación propia y específica dentro de la Iglesia: *«en nuestro corazón una cosa está clara: la unidad es lo que Dios quiere de nosotros»²*. ¿Pero quién obra la unidad? ¿Y cómo se hace?

La unidad es fruto de la iniciativa de Dios

La unidad que anhela el mundo no es el resultado de un razonamiento humano ni el objetivo de una estrategia pastoral, sino que es la voluntad que Dios ha manifestado –a través de una lectura particularmente inspirada en el Testamento de Jesús– como programa para el naciente Movimiento:

«Recuerdo que estaba durante la guerra con las primeras focolarinas en un sótano y llevábamos siempre con nosotros el Evangelio. Aquella vez habíamos abierto el Evangelio, precisamente en Juan capítulo 17, la oración por la unidad de Jesús. Éramos jóvenes, y leímos aquella página de seguido; pero he aquí la maravilla, la sorpresa, aquellas palabras tan difíciles, están entre las más difíciles del Santo Evangelio, parecían como iluminarse una a una y nosotras teníamos la impresión de entenderlas, de comprenderlas, de captar el significado. Lo que hemos entendido inmediatamente ha sido esto: Esta es la carta magna, el programa del Movimiento que está naciendo –nosotras no lo llamábamos Movimiento–, de un “algo” que está naciendo»³.

La unidad, fruto de la iniciativa de Dios, es principalmente obra de Dios, como bien precisa Chiara: «Pero aquí debemos hacer una aclaración. ¿Quién es el que hace la unidad? La unidad es obra esencialmente, verdaderamente, de Dios, solo de Dios...; la unidad es obra de Dios, es un don de Dios, es una gracia de Dios»⁴. La unidad es, por tanto, obra de Dios. Pero ¿cómo la realiza Dios? Dios quiere trabajar en unidad con el hombre, buscando la colaboración y acercándose a él gradualmente: «Y luego, lentamente, poco a poco parecía que el Señor nos sugiriese las primeras ideas sobre cómo realizar la unidad»⁵.

La unidad es un talento recibido como don que el hombre está llamado a negociarlo activamente⁶, como explica Chiara: «Y entonces ¿qué podemos hacer nosotros? Nosotros podemos corresponder a esta vocación universal de todos los hombres a la unidad. Podemos hacer nuestra parte para que la unidad verdaderamente triunfe en el mundo, es más, es esencial hacer nuestra parte»⁷.

Los caminos de la unidad

¿Cómo realizar en la práctica la unidad? La unidad no solo es el designio de Dios sobre la humanidad, sino que es también el

modo mismo de vivir Dios trino y uno, que Jesús ha venido a revelarnos para traer el cielo a la tierra. Por eso la respuesta solo puede ser un don de la gracia, manteniendo la tarea de pedirla.

«Pocos días después estábamos en torno a un altar, éramos seis o siete... y allí le habíamos pedido a Jesús la gracia de enseñarnos a hacer la unidad y hacernos, si era su voluntad, instrumentos de unidad... Estas ideas las encontramos en un pequeño folio que mantenemos. Muchas cosas fueron quemadas, destruidas, pero quedó un pequeño papel con apuntes, son apuntes de un pequeño discurso que hacíamos en aquel tiempo entre nosotras»⁸.

Es importante volver a las ideas apuntadas en aquel pequeño papel porque en los orígenes del carisma se guardan los brotes de su originalidad.

Primer punto: amar a todos y a cada uno.

El primer paso que Chiara entrega a su movimiento se refiere al carácter universal del cristianismo⁹, es decir, el mandamiento del amor enseñado por Jesús que no excluye a nadie de su horizonte:

«Esa es la primera idea, la primera idea que puede ya revolucionar nuestra alma si somos sensibles a lo sobrenatural: la fraternidad universal que nos libera de todas las esclavitudes, porque somos esclavos de las divisiones entre pobres y ricos, entre generaciones: padres e hijos, entre blancos y negros, entre razas, entre naciones... No, la primera idea es desvincularse de todas las esclavitudes y ver en todos los hombres posibles candidatos a la unidad con Dios y a la unidad entre nosotros: “¿Pero también en mi niño?” “¿También en aquella mujer tan charlatana?” “¿También en aquel viejo pesado?”... “¿También en aquel otro? ¿Pero es posible?” Sí, en todos, en todos, ver en todos a hermanos. Esto, hay que abrir el corazón, romper todas las barreras y meter en el corazón la

fraternidad universal: yo vivo para la fraternidad universal»¹⁰.

No basta, por tanto, con creer en el amor de Dios eligiéndole como el ideal de la vida, porque como hijos nos ha llamado a su vez a amar al Padre cumpliendo su voluntad de amor¹¹. Así que si todos somos hermanos es necesario amar a todos, insertándose bien en el presente, para ser libres de amar a cada prójimo.

«Allí, en esas notas están escritas otras palabras útiles que dicen cómo amar a todos. Está escrito: es necesario amar a cada prójimo. Pero ¿cuál? El que pasa a tu lado en el momento presente de la vida. Por tanto, no un amor platónico, no un amor ideal, amor concreto: mi prójimo ahora sois vosotros, nuestro prójimo soy yo; vuestro prójimo es el que está a tu lado y cerca de vosotros o en la silla de detrás. Es necesario amar no de forma ideal y futura, sino de forma concreta y presente, ahora. Es necesario amar, es necesario amar. Entonces alguien dirá: pero ¿cómo se debe hacer para amar? ¿Cómo es precisamente el amor cristiano, cómo es?»¹²

Segundo punto: servir a todos

El amor a cada prójimo que nos une a Dios y a los hermanos no es un vago ideal romántico, desencarnado de la realidad, sino que es un mandamiento que nos empuja a no servirnos de los otros sino a servirles¹³. Afirma Chiara:

«El cristianismo es una cosa seria; no es un poco de barniz, un poco de compasión, un poco de amor, un poco de limosna... Amar significa servir; Jesús nos ha dado ejemplo. Con la muerte en cruz ha servido a toda la humanidad, la que es, la que será y la que fue; pero también nos dio ejemplo cuando lavó los pies. Era Dios, metámonos en la cabeza que era Dios y nos ha lavado los pies a nosotros, a hombres, por lo tanto, también nosotros tendremos que lavar los pies a nuestros hermanos. No es que podremos, sino que debemos. Esto es el cristianismo: servir, servir a todos.

Unidad y Carismas

Dirás: “Pero ¿debo darle el abrigo cuando él carece del abrigo? ¿Debo ponerle el plato en la mesa?” Mira, mira, el servicio que Jesús manda no es un servicio ideal, no es un sentimiento de servicio; si vas y estudias bien el Evangelio, verás que Jesús habla de un servicio concreto: con los músculos, con las piernas, con la cabeza; es necesario servir así»¹⁴.

Tercer punto: hacerse uno

Comenta una vez más Chiara:

«Para servir bien hay dos palabritas que son fantásticas, que jamás se deben olvidar, y son: hacerse uno, hacerse uno con los otros, hacerse uno. ¡Es fabuloso! ¿Qué significa? Ahora en términos modernos sería “vivir el otro”, es decir, no vivir más nosotros mismos, replegados sobre nosotros mismos, sino vivir el otro, sus sentimientos, intentar penetrar en el otro, sus sentimientos, sus pesos, intentar llevar sus pesos; sus alegrías, intentar compartir, hacerse uno. “¿Cómo hago con los niños? Los niños quieren que yo juegue con ellos”, jugaré. Hacerse uno en todo, en todo, en todo excepto en el pecado, eso no, eso no. Hacerse uno. Y dirás: “Pero qué pérdida de tiempo, jestar allí mirando eso en la televisión! Qué pérdida de tiempo estar acompañando, dando una vuelta, qué pérdida”, no, no has perdido el tiempo, es todo amor, todo amor y así es todo un tiempo ganado, porque es necesario hacerse uno por amor»¹⁵.

Hacerse uno con todos imitando a Jesús ha sido el modo de comprender cuál era la técnica para realizar la unidad. Así lo recuerda Chiara: «Si miramos a los comienzos del Movimiento, vemos que, incluso antes de tener una idea sobre el modo de realizar la unidad, se nos propuso un modelo, una figura, una vida: la de Aquel que supo verdaderamente “hacerse uno” con todos los hombres, los que fueron, los que son y los que serán; que obró la unidad, pagándola con la cruz, con su sangre y con su grito»¹⁶.

Chiara asocia el modo de vivir haciéndose

uno a la muerte de sí mismo: «Cuando durante los primeros tiempos, Dios nos enseñó el modo de vivir que Él había pensado para nosotros, repetíamos constantemente la práctica del “hacerse uno” con los demás. No es una cosa sencilla. Exige el vacío completo de nosotros, quitar de nuestra cabeza las ideas, del corazón los afectos, de la voluntad cualquier cosa para identificarse con los otros»¹⁷. Y aún más concretamente, es necesario *dar la propia vida*, es decir, morir a nosotros mismos, para que Jesús pueda vivir en nosotros:

«Este hacerse uno exige la muerte de nosotros, porque no podemos vivir ya para nosotros mismos, sino para los otros: pero esta muerte de nosotros es la vida en nosotros, es Cristo en nosotros. Y, si es Cristo en nosotros, sobre nuestra muerte, poco a poco todos antes o después son atraídos a Cristo; porque Jesús ha dicho: “Cuando sea elevado sobre la cruz, atraeré a todos a mí”. Y, cuando también nosotros, reviviendo a Cristo, seamos otro Cristo, cuando elevemos sobre la cruz nuestro yo, es decir, que matemos nuestro yo para dejar vivir a Cristo, poco a poco serán todos conquistados, y esta es la gran experiencia del Movimiento de los Focolares. Si somos tantos... se debe al amor, se debe al servicio, se debe al hacerse uno, uno con desinterés, sin ningún interés, solo por amor, solo por amor»¹⁸.

Servir a todos por amor hasta el punto de *dar la vida* es la condición para recoger los frutos de la unidad.

Los frutos de la unidad

El primer fruto de la unidad que se vive amando a cada prójimo es la vida de *Jesús en nosotros*. Pero si son varias las personas que viven recíprocamente el morir a sí mismos hasta consumarse *en uno* por el otro, entonces se consigue un segundo fruto, la vida de *Jesús entre nosotros*, porque «*si estamos unidos, Jesús está entre nosotros*»¹⁹. La imagen con la que Chiara comenta este misterio es muy sugerente:

«Si colocamos varios leños en cruz y los encendemos en la cima de un monte, ese fuego se ve por la noche desde todo el valle y brilla como una estrella caída en la tierra; pero, si colocamos nuestros corazones en cruz, amándonos como Él nos ha amado, tenemos el Fuego mismo, el Amor entre nosotros y podemos ser instrumentos de Dios para muchas almas»²⁰.

La reciprocidad del donarse lleva a la realización del testamento de Jesús y al cumplimiento del deseo de unidad al que el mundo tiende: «*Amando así al prójimo, de hecho, se llega al amor recíproco, a la unidad; al testamento de Jesús realizado*»²¹. En conclusión, aquí están, según Chiara, los puntos de la “técnica de la unidad”:

«*Primero: quiero amar a todos. Segundo: para amarlos quiero servirlos, ponerme al servicio de todos para tener el primado del amor; por tanto, quiero hacerme uno con todos para obtener la presencia de Jesús en medio del mundo... Así pues, hagámoslo, llevemos a Cristo, llevemos a Jesús, llevemos a Dios, que para él nada es imposible. Confíad –dice y lo repite– yo he vencido al mundo*»²²

¹ C. Lubich, *L'unità*, transcripción del discurso al Focolar de la zona de Suiza, Payerne, 26 septiembre 1982, p. 1.

² Id., *La unidad y Jesús Abandonado*, Ciudad Nueva, Madrid 1985, p. 30.

³ Id., *L'unità*, cit., p. 2.

⁴ *Ibid.*, p. 1.

⁵ *Ibid.*, p. 2.

⁶ «*Recuerdo una frase que nos impresionó profundamente: “Padre, que todos sean uno” (cf. Jn 17, 21). Esto nos lanzó inmediatamente a amar a todos sin distinción alguna y a ponernos a disposición de Dios para que se realice su testamento*»: C. Lubich, *Que todos sean uno*, en *Escritos espirituales/3*, Ciudad Nueva, Madrid 1998, p. 13.

⁷ Id., *L'unità*, cit. p. 1.

⁸ *Ibid.*, p. 2.

⁹ El primer paso para recomponer el mundo en unidad es amar a todos porque «*Jesús modelo nuestro, nos enseñó dos únicas cosas que son una: a ser hijos de un solo Padre y a ser hermanos los unos de los otros*»:

C. Lubich, *La unidad y Jesús Abandonado*, cit., p. 32.

¹⁰ Id., *L'unità*, cit., p. 2.

¹¹ «Como sabemos, la primera voluntad de un padre es que sus hijos se traten como hermanos, se quieran, se amen. Que conozcan y practiquen lo que podemos definir como el arte de amar»: Id., *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 54.

¹² Id., *L'unità*, Cit., p. 2.

¹³ «Cualquier alma que quiera realizar la unidad debe tener un solo derecho: servir a todos porque en todos sirve a Dios»: Id., *La unidad y Jesús Abandonado*, cit., p. 32.

¹⁴ Id., *L'unità*, cit., p. 3.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ C. Lubich, *La Unidad y Jesús Abandonado*, cit., p. 53.

¹⁷ *Ibid.*, p. 38.

¹⁸ C. Lubich, *L'unità*, cit., p. 3.

¹⁹ Id., *Meditaciones, El atractivo de nuestro tiempo*, en *Escritos espirituales/1*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, p. 50.

²⁰ Id., *Que todos uno*, cit., p. 27.

²¹ Id., *La unidad y Jesús Abandonado*, cit., p. 33.

²² Id., *L'unità*, cit., p. 5.

JESÚS ABANDONADO RECOMPONE Y HACE PERFECTOS EN LA UNIDAD

«Jesús abandonado era el que recomponía la unidad entre nosotros siempre que se rompía. Solo en la unidad, donde está Jesús en medio, habíamos encontrado la plenitud de la vida. Fuera de ella, el vacío. He aquí, pues, el antídoto: Él.

Quien estaba... herido por el abandono del hermano, comprendía que se encontraba en un estado de ánimo semejante al suyo, y se esforzaba por gozar de ese dolor. No solo eso, sino que veía en el hermano a otro Jesús abandonado a quien amar.

Y el amor restablecía la unidad.

Si los que iniciaron el Movimiento no lo hubieran tenido a Él en las pruebas de la vida, la unidad no existiría, a no ser que Dios hubiera querido suscitarla igual en otros lugares.

Jesús Abandonado ha vencido en nosotros cada batalla, las más terribles. Pero era necesario estar locos de amor por Él, síntesis de todos los dolores del cuerpo y del alma; medicina de todo dolor del alma y alivio de todo dolor del cuerpo.

Cuando llegaba, lo abrazábamos con ímpetu, y encontrábamos la vida.

Jesús Abandonado era el que nos hacía perfectos en la unidad.

Jesús había dicho en su testamento: "Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad" (cf. Jn 17, 23).

Si Jesús estaba en mí, si Jesús estaba en el otro, si Jesús estaba en todos, seríamos, en ese momento, perfectos en la unidad.

Pero —repito— para que Jesús estuviera en nosotros, teníamos que amar a Jesús abandonado en todos los dolores, vacíos, fracasos y tristezas de la vida.

Si Jesús estaba en mí y en los demás, al vernos nos reconocíamos el uno en el otro y nos sentíamos hermanos. Y la gracia nos impulsaba a vivir este ideal con decisión y perseverancia, justamente para que la perfección de la unidad no decayese».

C. Lubich, *El grito*, pp. 52-53.

Pablo VI y Chiara Lubich: en el corazón el testamento de Jesús

Mauro Mantovani, s.d.b.

La docilidad al soplo del Espíritu se hace vida en Pablo VI y en Chiara Lubich, trazando, en la diversidad de los carismas recibidos, un itinerario bajo el signo de la unidad.

EN el mensaje enviado por su santidad Benedicto XVI con ocasión de las exequias de la fundadora de los Focolares, el 18 de marzo de 2008, el pontífice reconoce que «*son muchos los motivos para dar gracias al Señor por el don hecho a la Iglesia en esta mujer de fe intrépida, humilde mensajera de esperanza y de paz*». En primer lugar, le da las gracias por el servicio «*silencioso e incisivo*» que ella ha dado, «*siempre en sintonía con el Magisterio de la Iglesia*». Son significativos los dos párrafos sucesivos de la carta. Recordando la afirmación de Chiara: «*Los papas nos han comprendido siempre*», Benedicto XVI confirma: «*Chiara y la Obra de María han tratado de responder siempre con dócil fidelidad a cualquiera de sus llamamientos y deseos*». «*Testimonio concreto*» de esto es el estrecho vínculo con sus pontífices predecesores, que él confirma y corrobora: «*Para ella el pensamiento del papa era la guía segura por la que se dejaba orientar. Más aún, viendo las ini-*

ciativas que ha puesto en marcha, podría afirmarse que casi tenía la capacidad profética de intuirlo y de realizarlo anticipadamente»¹.

En las densas e iluminadoras palabras del papa Benedicto, encontramos una explicitación clara de la unidad entre profecía, escucha, obediencia, acción y donación, que ha caracterizado la comunión de Chiara Lubich con quien le representaba la Iglesia.

Como base de todo hay un “descubrimiento” traducido inmediatamente en vida: «*Leyendo el Evangelio –cuenta Chiara–, comprendimos y profundizamos también en la necesidad, la belleza y la alegría de la unidad con la autoridad eclesial: “Quien a vosotros os escucha a mí me escucha”, y, por esta luminosa convicción, nos encomendamos, desde el nacimiento, a nuestro arzobispo de Trento, de quien siempre quisimos cumplir no solo sus órdenes sino también sus deseos*»².

La fidelidad a aquella inspiración de Dios fue puesta a prueba durante el largo

período en el que la Iglesia estudió la Obra de María retrasando su aprobación. La obediencia humilde, sincera y sin reservas de Chiara dio, sin embargo, frutos maduros, y, con el tiempo, el total reconocimiento de su carisma como expresión de la dimensión mariana de la Iglesia estrechamente ligada y coesencial a la petrina³. Con una decisión innovadora en la Iglesia, en la que todavía hoy –como subraya el papa Francisco– la figura de la mujer está poco valorada, Chiara Lubich, mujer y laica, Pablo VI la quiso en el puesto de presidente de la Obra de María, obra compleja que abraza todas las vocaciones. Dicha elección fue significativamente confirmada por Juan Pablo II, estableciendo que también en el futuro sea una mujer la presidente de la Obra de María⁴.

El tema de la relación de Chiara con la jerarquía eclesial requeriría un amplio estudio. Son múltiples los hechos y los documentos que confirman que tal unidad ha sido la garantía –así la vio siempre Chiara– de la fecundidad del carisma: la savia ha podido circular porque el sarmiento estaba unido a la vid. Hechos y documentos podrían testimoniar, al mismo tiempo, la “capacidad profética” afirmada por Benedicto XVI, que permitió a Chiara compartir las cruces de la Iglesia de Cristo y abrir nuevos itinerarios de un camino dirigido hacia la unidad.

En la imposibilidad de afrontar en pocas páginas semejante tema, quisiera centrarme en la relación de Pablo VI con Chiara Lubich, importante en la historia personal de Chiara y en la de la Obra de María, que recibe con él la plena y definitiva aprobación, y que se ha revelado fecunda también en la actualización de las enseñanzas del Vaticano II.

Una historia rica y profunda

Una publicación reciente sobre Pablo

VI y Chiara Lubich⁵ afronta ampliamente la relación mantenida entre estos dos testigos de nuestro tiempo. Partiendo de una rica documentación, hasta ahora casi totalmente inédita, se examina la importancia eclesiológica, histórica, jurídica y ecuménica.

Por citar solo algunos hechos, baste recordar el papel de mediación llevado a cabo por Chiara entre Pablo VI y el patriarca Atenágoras, o el fuerte impulso dado por el papa Montini a la tarea de los Focolarinos en el camino ecuménico y en el diálogo con personas de credos y convicciones diversas, iniciado ya antes del Concilio. Por lo que respecta a la vida de la Obra de María, el papel de Pablo VI fue decisivo al darle una configuración jurídica e institucional que garantizase su desarrollo armónico de la misma de acuerdo con el designio de Dios. La aprobación que se consiguió, que parecía derribar las barreras puestas por el derecho canónico, abriría el camino a otras asociaciones laicales, cuyo florecimiento ha tenido lugar después del período conciliar.

Mirando, con la perspectiva del tiempo, a cuanto ha ido sucediendo, adquiere especial relieve un momento que permaneció indeleble en el alma de Chiara. En uno de los primeros coloquios que tuvo con mons. Montini, siendo aún sustituto de la Secretaría de Estado, hablaron de la inversión de valores en la que se quedan muchos al considerar las riquezas de la Iglesia. Chiara le había confiado cuál era para ella la riqueza más grande: la presencia de Jesús entre nosotros, posible en cumplimiento de la promesa evangélica (cf. *Mt* 18, 20). Lo había hecho abriéndole su alma, en la que estaba viva la certeza que ella había expresado ya en 1949:

«Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros.

Y esto vale. Vale más que cualquier otro tesoro que pueda poseer nuestro corazón: más que la

madre, que el padre, que los hermanos, que los hijos. Vale más que la casa, que el trabajo, que la propiedad; más que las obras de arte de una gran ciudad como Roma; más que nuestras ocupaciones, más que la naturaleza que nos rodea, con las flores y los prados, el mar y las estrellas; ¡más que nuestra alma!

Él es quien, inspirando a sus santos con sus eternas verdades, hizo época en toda época.

También esta es su hora: no la de un santo, sino la de Él; de Él entre nosotros, de Él viviente en nosotros, que construimos –en unidad de amor– su Cuerpo Místico Y la comunidad cristiana.

Pero es preciso dilatar a Cristo; hacerlo crecer en otros miembros; hacerse como Él, portadores de Fuego, que disuelva todo lo humano en lo divino, que es la caridad vivida. ¡Hacer uno de todos y en todos el Uno!»⁶.

Este texto, que en una primera lectura ya se revela de gran contenido teológico y eclesiológico, condensa también, en una síntesis luminosa, la esencia de la relación de comunión de Pablo VI y Chiara. Es imposible analizarla aquí detalladamente, pero unas cuantas pinceladas permitirán penetrar al menos un poco, en su alma, entrando “de puntillas”: son como rasgos de una comunión que, más allá del tiempo, sigue hablándonos e impulsándonos a la unidad.

«Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros. Y esto vale»

«Yo tengo una vocación de la que he de rendir cuentas a Dios. Dentro de unos días o semanas iré a visitar al Santo Padre. No tengo que ir para recibir, sino para dar, para amar. [...] Después el amor me abrirá el camino sobre lo que tendré que decirle»⁷. Es lo que escribió al aproximarse una audiencia con Pablo VI. Las cinco audiencias privadas⁸ tenidas con él, con matices diversos, dejan un único sello. Los sentimientos de su alma parecen encontrar eco a aquel corazón ardiente y agradecido de

los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, 32*) que reconoce, en el encuentro tenido, al Señor mismo, vivo en medio de ellos.

Así recuerda Chiara años después su primera audiencia: *«La gracia del Vicario de Cristo aleteaba en aquel estudio [...]. ¡Cuánta sabiduría, cuánta apertura, qué amplitud de corazón! Yo representaba y llevaba una Obra nueva, nacida en la Iglesia, con novedades tanto en su espiritualidad como en su estructura. Pero allí no había dificultades»⁹.* Y también: *«Recuerdo que sentí una perfecta sintonía entre lo que el Papa me decía y lo que me parecía que venía de Dios para la edificación de esta Obra. La impresión fue tan fuerte que casi tuve la sensación de que aquel despacho donde el Papa recibe, no tuviera techo, y que se unieran cielo y tierra»¹⁰.*

La presencia de Dios experimentada da nueva luz y valor a cuanto Dios le pide realizar:

«Una cosa nueva se está abriendo en mi alma, después de la audiencia con el Santo Padre: una posibilidad –que antes casi no la había tenido– de vivir el Ideal bajo todos los aspectos.

Y, sin embargo, pienso que también antes trataba de vivirlo, pero era distinto. Ahora, lentamente, cada día más, entra en el alma una savia que suaviza las aristas, que cierra las llagas, que pide recogimiento, vida escondida, santidad: que me encamina decidida, aunque lentamente, hacia la que osaría llamar mi misión. Y alguien me incita, interiormente, a componer, con fragmentos que voy recogiendo, un mosaico, un dibujo: el designio de Dios que la Obra tiene que expresar, después de su “presentación en el templo” (así me parece que puedo definir en cierto modo la audiencia con el Santo Padre).

Por lo tanto, no hay ninguna prisa, todo está tranquilo dentro, y solo apremia con delicadeza el deseo de cumplir bien cada día su voluntad»¹¹.

**Con “él entre nosotros”
para edificar el Cuerpo Místico**

Durante las audiencias privadas, los te-

mas afrontados no se refieren solo a la Obra de María. Pablo VI, de vez en cuando, confía a Chiara tareas importantes, compartiendo con ella lo que tiene en el corazón sobre realidades que constituyen las cruces de la Iglesia en ese momento.

Una constante parece acompañar los pasos, a veces osados, del papa y de la fundadora de los Focolares: es la fe firme en la actuación de Dios que hace posible lo que parece “imposible”, la escucha y la plena acogida de él que habla. Esto da a la comunión entre los dos, en la diversidad de funciones y carismas, el sello de una relación cuyo modelo es la Trinidad. Y, porque es tal, abraza la Iglesia y la humanidad.

Así apunta Chiara en su diario días después de una audiencia durante la cual la actitud del papa le había hecho experimentar de un modo extraordinario la paternidad de Dios:

«Un solo anhelo apremiaba a nuestro corazón al otro lado del portalón de Castelgandolfo: correr, correr allí donde la Iglesia está más abandonada: como si Jesús crucificado en ella pudiera ser la única espiral que puede arrastrar nuestra alma.

Decía el Papa: “Vosotros trabajáis por la Iglesia...”. ¡Y esta frase ha bajado por el alma como el bálsamo más dulce, como la alabanza a Dios más deseada entre nosotros!

¡La Iglesia! Poder trabajar, morir, vivir por ella»¹².

No son pocos los signos de una atención agradecida del papa Montini, como atestiguan las cartas autógrafas a la «querida hija Clara», en las cuales expresa «cuánto alivio, cuánta edificación y cuánta esperanza» dan a su espíritu las noticias que ella le comunica.

En sus corazones arde un anhelo y un compromiso común arde en sus corazones: la «pasión por la Iglesia». Chiara se muestra intérprete trazando líneas de vida para los suyos:

«La “pasión por la Iglesia” de la que un día habló el Papa impera en el corazón de los verdaderos cristianos. Pero esta pasión tiene que pasar del sentimiento al terreno práctico, donde el amor por la Iglesia entera tal como es —con sus instituciones, fruto de los numerosos carismas que el Espíritu Santo le ha otorgado y le sigue otorgando generosamente—, reclama el conocimiento, y el conocimiento reclama un nuevo amor.

Lo que el cristianismo enseña en el campo de la relación entre las personas —amar, conocerse, hacerse uno con los demás hasta el punto de poder comunicarse todos los dones que Dios nos haya hecho— debe trasladarse al plano social, hasta conocer, estimar y amar a los otros movimientos y obras de la Iglesia y suscitar o acrecentar entre todos la recíproca comunión de bienes espirituales.

Nacería una colaboración deseada con la voluntad y el corazón, y de este modo serviríamos de verdad a la Iglesia que amamos.

Si no lo hiciéramos así, nuestra “pasión por la Iglesia” sería pura retórica y sentiríamos las bases para quedarnos encerrados y aislados.

Además, nuestro amor por el Papa se reduciría a efímero entusiasmo y sentimentalismo al no compartir con él lo que él ama: la vida de toda la Iglesia de Dios»¹³.

Hacer de todos uno y en todos el Uno

La «sinérgica convergencia de una acción diversificada del Espíritu de Cristo en su Iglesia», vista en la actuación de estos dos “gigantes”¹⁴, se revela, con los años, cada vez más claramente como una profunda sintonía de alma. La realización de la oración de Jesús al Padre (cf. *Jn* 17) es el horizonte de la mirada común, del compromiso constante con el que, con signos proféticos que abaten muros y prejuicios seculares, quieren “abrazar” la humanidad.

Lo atestiguan sin sombra de duda las palabras que revelan los repliegues más secre-

tos de su alma cuando, en el crepúsculo de la vida terrena, se preparan para el encuentro con Dios. Preguntándose sobre el deseo que invade su corazón, Chiara afirma:

«Quisiera que la Obra de María, al final de los tiempos, cuando, compacta, esté a la espera de comparecer ante Jesús abandonado-resucitado, pueda repetirle –suscribiendo las palabras que siempre me conmueven del teólogo belga Jacques Leclercq–: “... En tu día, Dios mío, yo iré hacia Ti... Iré hacia Ti, Dios mío..., y con mi sueño más loco: llevarte el mundo entre los brazos”. “¡Padre, que todos sean uno!”»¹⁵.

Las espléndidas palabras del beato Pablo VI en su *Pensamiento en la muerte*, vibrante de vida, nos llevan también a la oración de Jesús, su testamento:

«Por tanto ruego al Señor que me dé la gracia de hacer de mi muerte próxima don de amor para la Iglesia. Puedo decir que siempre la he amado... y para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiese y que yo tuviese la fuerza de decirselo, como una confidencia del corazón que sólo en el último momento de la vida se tiene el coraje de hacer. Quisiera finalmente abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo místico de Cristo. Querría abrazarla, saludarla, amarla, en cada uno de los seres que la componen..., bendecirla. También porque no la dejo, no salgo de ella, sino que me uno y me confundo más y mejor con ella: la muerte es un progreso en la comunión de los Santos.

Aquí hay que recordar la oración final de Jesús (Jn 17). El Padre y los míos: éstos son todos uno...

Hombres, comprendedme: a todos os amo en la efusión del Espíritu Santo, del que yo, minis-

tro, debía haceros partícipes. Así os miro, así os saludo, así os bendigo»¹⁶.

¹ «Mujer de fe intrépida, humilde mensajera de esperanza y de paz. Benedicto XVI recuerda a Chiara Lubich en una carta enviada al cardenal Bertone con ocasión de las exequias», en *L'Osservatore Romano*, 19.03.2008, p. 1.

² C. Lubich, *Storia del Movimento dei Focolari – Gli albori*, en *Città Nuova*, 3 (1959), número especial dedicado al Movimiento de los Focolares de la unidad, pp. 2-3.

³ El «ligamen entre los dos perfiles de la Iglesia, el mariano y el petrino, es muy estrecho, profundo y complementario, no obstante el primero sea anterior tanto como designio de Dios como según el tiempo; a la vez que más alto y preeminente, más rico de indicaciones personales y comunitarias» (Juan Pablo II, *A los cardenales y prelados de la Curia Romana*, 22.12.1987).

⁴ Cf. C. Lubich, *La aventura de la unidad*, Ediciones Paulinas, Madrid 1992, p. 119 ss.

⁵ *Paolo VI e Chiara Lubich. La profecía di una Chiesa che si fa dialogo*, ed. Studium, Roma 2015.

⁶ La cita es de un escrito de Chiara publicado por primera vez en *La Via*, n. 38, 12 noviembre 1949; cf. *Meditaciones* (1959), en *El atractivo del tiempo moderno (Escritos espirituales/1)*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, p. 50.

⁷ C. Lubich, *Diario 4 diciembre 1968*, en *Paolo VI e Chiara Lubich*, cit., pp. 71-72.

⁸ Las audiencias privadas fueron en las siguientes fechas: 31 octubre 1964; 6 septiembre 1965; 13 julio 1967; 1 abril 1969 y 4 febrero 1972.

⁹ C. Lubich, *Paolo VI e il Movimento dei Focolari*, en *Città Nuova*, 22 (1978), n. 17, p. 15.

¹⁰ Id., *Così ho visto il Papa*, en *Città Nuova*, 21 (1977), n. 18, p. 21.

¹¹ Id., *Diario 10 noviembre, 1964*, en *Diario 1964/65*, Ciudad Nueva, Madrid 1986, p. 96.

¹² Id., *Diario 10 septiembre 1965*, en *Ibid.*, p. 143.

¹³ Id., *Saber perder* (1969), en *Lo esencial de hoy (Escritos espirituales/2)*, Ciudad Nueva, Madrid 1999, p. 46.

¹⁴ Cf. P. Coda, *L'Ecclesiam Suam, il Vaticano II, il carisma dell'unità di Chiara Lubich*, en *Paolo VI e Chiara Lubich*, cit., pp. 183; 203.

¹⁵ C. Lubich, *El grito*, Ciudad Nueva, Madrid 2000, p. 137.

¹⁶ Pablo VI, *Scritti spirituali*, ed. Studium, Roma 2014, pp. 126-127.

Cuando los obispos son generadores de unidad

Giancarlo Faletti

La unidad, si se vive bien, penetra en todas partes, dondequiera que tiende sus conexiones y logra hacer de muchos uno. Giancarlo Faletti entrevista a Mons. Armando Bortolaso, vicario apostólico emérito de Aleppo (Siria), ahora residente en Líbano, el cual, con el estilo vivaz del diálogo en directo, responde sobre su experiencia de unidad vivida con los demás obispos amigos del Movimiento de los Focolares.

Armando, este año has celebrado tu 89° cumpleaños y 23 de obispo. Si te preguntara qué tienes en el corazón pensando en tu vida, ¿qué dirías?

Diría esto: Tengo en el corazón una gran alegría, que se manifiesta en un gran “gracias”, que veo que envuelve toda mi vida, incluso la que ha sido menos hermosa, porque no lamento nada de mi vida. Un gran “gracias” al Señor por estos momentos de gracia que me concede pasar cada día de mi vida.

Mi vida, ya desde sus inicios, podía haber sido casi desastre... Yo jamás hubiera pensado que el Señor, en su designio de amor para conmigo, me hubiera conducido hasta aquí. Es decir, hasta él, hasta descubrir esta vida verdadera, la vida según el ideal de la unidad, la vida trinitaria con Jesús en medio de nosotros.

Armando, ¿podrías decir en una palabra cuál ha sido tu relación con Chiara Lubich?

Cuando conocí este ideal suyo, para mí Chiara fue la que me hizo descubrir a Dios Amor. Por esto siempre he conservado hacia ella un profundo sentido de agradecimiento. Sentí cómo, en un cierto momento, ella fue un instrumento del Señor, porque su maternidad espiritual me comprometió. Chiara ha sido siempre esa luz que me ha dicho: “Mira aquí, que esta luz proyecta una luz nueva sobre la Iglesia”. Esta es la Iglesia, la que Chiara nos presentó y nos presentaba y sigue presentándonos: es la verdadera Iglesia del Concilio Vaticano II; yo vi que ella ya lo había realizado. Yo, antes de conocer el ideal de la unidad, estaba descontento, no estaba de acuerdo con la Iglesia que veía a mi alrededor. ¡Por lo

cual fue Chiara la que me ha abierto de par en par estos horizontes, los de una Iglesia nueva, joven, hermosa, con un futuro espléndido!

Y también me ha echado una mano para descubrir la belleza de mi vocación salesiana. Y me ha ayudado mucho porque, en un momento de crisis espiritual que tuve, mi vocación y la vida consagrada se tambaleaban, y se salvó mi vocación salesiana. Además me ha ayudado a entender mejor mi espiritualidad y a vivirla en la comunidad tratando de ser fiel, de crear unidad, de establecer relaciones fraternas con los hermanos, tratando de vivir mejor la vida consagrada.

Sabemos que has vivido en Nazaret, donde fuiste el instrumento para que esta vida empezase a difundirse en Tierra Santa, como recuerdan con gran agradecimiento contigo las focolarinas y las personas de la Obra de María nacidas a esta vida de la unidad gracias a tu testimonio. Pero fuiste nombrado obispo estando ya en Aleppo. ¿Cuál fue tu primera impresión?

Yo llevaba en Nazaret seis años, en donde había sido destinado apenas terminé los estudios de sociología en Lovaina, en Bélgica. En la casa de los salesianos donde me encontraba, los que tenía cerca no estaban muy de acuerdo con que yo participara en la experiencia de los Focolares, y querían que yo tuviera otra disposición.

En fin, no fui demasiado obediente a los ojos del superior, el cual me cambió de casa, mandándome a Aleppo como superior de nuestro centro juvenil. Tuve la impresión de que el superior quería mandarme lejos, pero no me defendí, sino que más bien, dentro de mí, pronuncié mi “sí”, “he terminado mi mandato aquí”. No creé ningún problema y marché a Aleppo. Por eso ahora me digo: “El Señor te hace pasar por una humillación, pero después te hace obispo... ¡Vaya historia!”.

Querido Mons. Armando, ¿podrías contar-nos cómo te llegó la noticia de tu nombramiento como obispo y cuál fue tu reacción?

La noticia no me llegó inesperadamente. Ya hacía tiempo que algún sacerdote, enviado –creo– por el Nuncio, me hacía preguntas que yo intuía que querían sacarme esta noticia. Después me llegó precisamente cuando estaba durmiendo. Me despierta el monseñor de la Nunciatura y me dice: «*El papa ha pensado en ti para el Vicariato latino de Aleppo*». Después de unos segundos, mi primera reacción fue esta: «*Si uno, por motivos personales, no se siente con fuerzas para aceptar esta función, este oficio, ¿pasa algo?*». «*Sí, sí* –me dijo el mon-

Tengo en el corazón una gran alegría, que se manifiesta en un gran “gracias”, que veo que envuelve toda mi vida, incluso la que ha sido menos hermosa, porque no lamento nada de mi vida.

señor– *no cambia nada. Pero el Santo Padre no estaría contento contigo*». Entonces sí que cambia algo, y le dije: «*Espera que lo piense un poco*». Luego fui a mi responsable del focolar de los religiosos. Hablamos, le dije que no me sentía con fuerzas para asumir esta responsabilidad, pero que el Santo Padre no estaría contento. Y él: «*Escucha, si es el Santo Padre quien te lo pide, no creo que tú tengas ninguna razón válida para negarte*». Aquella noche, hacia las 21.30, me dije: “De acuerdo, acepto por amor al Santo Padre”. En el último momento, sin embargo, aún pedí unos días para reflexionar, pero me dijeron: «*No te damos ningún día, la respuesta tienes que darla hoy*». Y di la respuesta.

Luego vino la ordenación...

En el momento de la ordenación episcopal se viven muchas experiencias. La que más me impresionó fue que mi superior de Nazaret, el que me había echado de allí, vino a la ordenación.

Tú, que habías vivido para la Obra de María hasta ese momento, ¿cuáles fueron tus primeras experiencias como obispo? ¿Qué cambió para ti en tu vida?

Repasé un poco mi vida y me dije: “El Señor ha seguido un camino, pero ¿adónde habrías llegado tú sin la Obra de María?”. Fue un momento algo especial en el que vi el designio que el Señor había trazado para mi vida. Me dieron ganas de cantar el *Magnificat*, cantar la misericordia de Dios, este chiquillo... Comprendí que, con el carisma de la Obra de María, había recibido un gran don, que estaba en los designios de Dios y que pasaba a mi episcopado. Me dije: “El Señor te ha llamado a vivir el camino de la unidad, para transmitir el camino de la unidad. Ahora tú te has convertido en obispo de los latinos, pero no eres obispo de los latinos, tú eres obispo de Jesús. Todos los fieles aquí en Alepo, en Siria... Toda Siria es el campo que el Señor te ofrece”. Por eso traté de extenderme desde el principio y de entablar amistad con los otros obispos, incluso con los de las Iglesias ortodoxas. Luego también con el muftí de Alepo, que pasó a ser el muftí de toda Siria, y con otras personalidades. Así se fue abriendo la visión de una misión episcopal que tuviera como destinatarios a todos, sin distinción de religión, de rito, de confesión. Vi que así era un obispo de la unidad, como expresión de mi vinculación con la Obra. “Dios te envía a vivir esta realidad que hasta ahora solo has tratado de vivir como religioso”. En este sentido, hice mío este ideal de uni-

dad y traté de vivirlo con todas las personas, de los distintos ritos, de las diversas religiones, incluidos naturalmente mis sacerdotes, que eran todos religiosos.

Es estupendo eso de «He tratado de entablar amistad con los demás obispos». ¿Recuerdas qué es lo que hacías para entablar esta amistad?

Me encontraba en Homs, donde había una comunidad de religiosas que se iban a marchar por falta de personal... Yo les dije: «*Está bien. Vosotras os marcháis; yo os compro vuestro convento*». Quería adquirir el convento y poner allí otra comunidad, pero no quise hacerlo solo por mi cuenta. Entonces en Homs hablé con el obispo greco católico, hablé con el obispo siro-católico y con el maronita, y nos reunimos. Les dije: «*Tengo un problema. Hay unas religiosas que se marchan. Es una lástima para vuestra ciudad de Homs. Quisiera resolver este asunto juntos... Tal vez no consigamos encontrar otra comunidad religiosa que esté dispuesta a encargarse de nuestros jóvenes*». La idea les gustó mucho a estos

Me dije: “El Señor te ha llamado a vivir el camino de la unidad, para transmitir el camino de la unidad. Ahora tú te has convertido en obispo de los latinos, pero no eres obispo de los latinos, tú eres obispo de Jesús... Toda Siria es el campo que el Señor te ofrece.

obispos. Uno era un sacerdote maronita que más tarde fue obispo. Lo estudiamos juntos. Fue ponernos juntos para resolver el problema de la diócesis. Esta tentativa de implicar también a los demás y trabajar juntos es nuestro ministerio: no trabajar solos sino juntamente con los otros.

O sea, no te detuviste en aquel problema, sino que fue una ocasión para tejer relaciones con otros.

Un obispo me dice: «Yo me encargo de encontrar una congregación religiosa. Tú haces eso, tú haces eso otro, y tú, Armando, piensa en el dinero para comprar el convento». Costaba 120 mil dólares. Entonces preparé doce sobres para pedir 10 mil dólares a cada uno de 12 entes caritativos internacionales. Fui al primero y entregué el primer sobre. «Hay que comprarlo... si ve que es necesario, me da 10 mil dólares...». Este me dice: «Pero ¿por qué 12, no bastaría solamente con un sobre?». «¿Pero basta realmente con uno?», y me da los 120 mil dólares. Esto para decir cómo la Providencia “bromea” cuando se hace algo juntos. Así que no hubo ninguna dificultad para resolver este problema. Y todos permanecemos fieles a esta experiencia de unidad.

El obispo greco-ortodoxo de Aleppo estaba construyendo su catedral. Llegó un momento en que se quedó sin dinero. Me dije: “Hay que ayudarlo”. Pero yo no tenía recursos. Entonces fui a pedir prestado una cantidad bastante grande, porque yo estaba haciendo una quosería para nuestros campesinos del norte de Siria, y le di una buena suma. Este obispo se puso muy contento y entablamos una estrecha amistad que permaneció siempre.

Después todos terminaron siendo “obispos amigos de los Focolares”, como el ya emérito mons. Abraham Nehme. Mons. Moussa Daoud fue nombrado primero patriarca de Antioquía, de su Iglesia siro-cató-

lica, y después cardenal prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales.

¿Tienes alguna otra experiencia de haber forjado amistad con obispos en otro contexto, en otra situación? Habrás vivido muchas...

Me viene a la mente que una vez el obispo greco-ortodoxo de Aleppo estaba construyendo su catedral. Llegó un momento en que se quedó sin dinero. Me dije: “Hay que ayudarlo”. Pero yo no tenía recursos. Entonces fui a pedir prestado una cantidad bastante grande, porque yo estaba haciendo una quosería para nuestros campesinos del norte de Siria, y le di una buena suma. Este obispo se puso muy contento y entablamos una estrecha amistad que permaneció siempre. Después con el mismo patriarca greco-ortodoxo de Aleppo... Así que las ayudas materiales también sirvieron para desarrollar la amistad.

Vayamos adelante con otra pregunta. Tú llegaste a ser obispo y estrechaste una relación con mons. Klaus Hemmerle, obispo de Aquisgrán. ¿Cómo fueron estas primeras experiencias?

Cuando fui nombrado –me parece–, el 18 o 20 de julio de 1992, yo estaba en la secretaría de los Religiosos del Movimiento de los Focolares, y nos reuníamos cada año en St. Maurice (Suiza). Como todos los años, fui como parte de la secretaría central representando al Oriente Medio en St. Maurice. Solo que allí me echaron y, bromeando, decían: «Tú eres obispo y ya no puedes reunirte con nosotros. ¡No podemos acoger a los obispos con nosotros!». Entonces alguien dijo: «Telefonea a Klaus, que está en la montaña de Anzere». Telefoneé a Klaus y me dijo: «Bienvenido. Vente con nosotros». Así, con su invitación –«te esperamos, vamos a recogerte»– me reuní con Klaus y con los obispos que estaban allí con él. Era

agosto y me reconforté mucho, si no tendría que haber vuelto a Italia. Este fue mi primer encuentro con Klaus. Allí, con él, se sentía que había una carga sobrenatural muy fuerte. Él era uno que pertenecía a otro mundo. Naturalísimo, pero tenía el toque... de una persona que vive en lo sobrenatural.

¿Qué relación hay entre la comunión que renovabas cada verano en Suiza con Klaus y el primer grupo de obispos “efesinos” y esa otra con los obispos del Líbano?

Primeramente estaba la relación que se había creado en Siria. Con los obispos en Anzere me encontré muy a gusto. Vivíamos en una pequeña “baita” y gozábamos con frecuencia de visitas de Chiara. Era un espectáculo ver a Chiara sentada en medio de nosotros. ¡Y qué tipo de conversaciones y charlas! Allí era todo vida, en contacto tan directo con Chiara. Todo tan familiar... Ella nos conocía a todos, uno a uno. Eso influyó muchísimo para crear entre nosotros un ambiente un tanto especial, que permanecía en nosotros. Estábamos en foclar con Klaus, con Antonio y con todos los demás... era una cosa bellísima. Al volver a Oriente, a Siria, llevando conmigo esta realidad, con este pequeño grupo de obispos de Homs, llegamos a establecer relaciones muy estrechas, incluso de dirección espiritual, de confesión de los unos con los otros. Luego, con uno de Aleppo, mons. Beylouni, se creó un nuevo grupo. Con frecuencia nos juntábamos el grupo de Homs con este nuevo grupo. Tratábamos de ver juntos los problemas pastorales. No eran

Gozábamos con frecuencia de visitas de Chiara. Era un espectáculo ver a Chiara sentada en medio de nosotros. ¡Y qué tipo de conversaciones y charlas! Allí era todo vida.

reuniones programadas, pero nos veíamos a menudo. Nos encontrábamos.

O sea, que la comunión que tú vivías en el verano con Klaus y con los demás, luego, cuando volvías a Siria, la construías con los obispos en Siria, justamente porque a ti te sostenía la unidad con Klaus.

Ciertamente, en Suiza existía un vínculo entre los obispos. Cuando volvíamos, llevábamos siempre este anhelo de unidad, de crear entre nosotros este espíritu de unidad, cómo ayudar a difundirlo en la conferencia episcopal: se daba una verdadera influencia de aquella unidad sobre esta.

¿Guardas algún recuerdo especial, incluso tal vez doloroso?

Uno muy vivo es el hecho de que el obispo siro-ortodoxo de Aleppo Mar Gregorios Yohanna Ibrahim y mons. Boulos Yazigi, metropolitano de Aleppo de la Iglesia greco-ortodoxa, fieles participantes en nuestros encuentros ecuménicos de obispos amigos del Movimiento, fueron secuestrados hace dos años y aún no sabemos nada de ellos. Están siempre presentes en el corazón de todos nosotros.

Lo dejamos aquí.

Yo encantado. Si quieres podemos seguir en otra ocasión, ahora estoy algo cansado. Lo dejamos aquí. Te agradezco la ocasión de vivir la unidad. Lo hacemos juntos.

Sí, hagamos que Jesús esté con nosotros.

Solo ahora nos damos cuenta de lo que el amor acogedor de mons. Armando Bortolaso no había dejado entrever. De hecho, apenas acababa de salir del hospital y tenía que proseguir su convalecencia en casa guardando reposo absoluto.

Baar: 600 religiosas y religiosos, carismas en comunión

Raphael Zbinden

Presentamos aquí el testimonio del encuentro celebrado en Baar (Suiza) entre 600 religiosos y religiosas el día de la vida consagrada de Suiza, dentro del contexto del Año de la Vida Consagrada y con la presencia del prefecto de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, cardenal João Braz de Aviz.

«**L**OS carismas antiguos y nuevos son complementarios» subrayó el cardenal brasileño João Braz de Aviz en la jornada suiza para la Vida Consagrada, celebrada en Baar el 23 de junio de 2015, ante más de 600 participantes de toda la nación. Recordó que las órdenes religiosas deben inspirarse en el amor presente en la Trinidad para superar sus disensiones.

La buena acogida de las religiosas y religiosos que se encontraron en Baar y en Sachseln, en el cantón de Obwald, hizo que todos se olvidaran del tiempo desfavorable que en aquel momento imperaba en la Suiza central. No obstante, la alegría manifiesta que nace de encontrarse juntos, en este encuentro organizado en el marco del Año de la Vida Consagrada querido por el papa Francisco, el representante del Vaticano dirigió su intervención hacia algunos puntos

dolorosos de las relaciones entre las distintas comunidades y en el interior de ellas.

De este modo el cardenal llegó a recordar, en la iglesia de San Martín de Baar realmente abarrotada, que a pesar de las diferencias que han podido surgir entre los nuevos movimientos de la Iglesia y las comunidades religiosas antiguas, estos nunca deben actuar en competencia, sino en camino hacia la complementariedad.

Dos versiones de una dimensión esencial de la Iglesia.

Para el cardenal, estos dos tipos de carismas son dos modos diversos de expresar una dimensión esencial de la Iglesia, y en cada uno de ellos el Espíritu habla de modo diferente: los nuevos carismas deben aprender de la experiencia y de la madurez de los

antiguos, y los antiguos deben inspirare en la iniciativas y en la dinámica de los nuevos.

«*En el seno de una familia sucede que cuando llega el segundo hijo, el primero puede sentirse como desfavorecido respecto al segundo, o viceversa*», explicó el cardenal, afirmando que entonces es necesario que las antiguas y las nuevas formas de consagración a Dios se comprendan, aprendan la una de la otra y actúen conjuntamente.

El cardenal llegó a recordar que, a pesar de las diferencias que han podido surgir entre los nuevos movimientos de la Iglesia y las comunidades religiosas antiguas, estos nunca deben actuar en competencia, sino en camino hacia la complementariedad.

Reconociendo la dificultad que comporta armonizar esta diversidad, subrayó algunas posibles vías que hay que recorrer para llegar a esta visión. Recordó que la santa Trinidad es el modelo para una diversidad equilibrada, unificada en Dios por el amor. Y explicó también que es posible acercarse a este amor perfecto inspirándose en Cristo que se hizo “pequeño” en la crucifixión.

Lo que el cardenal brasileño transmitió en su intervención fue, por tanto, una llamada a la humildad. «*Hoy estamos enfermos a causa de la escasa calidad de las relaciones que tenemos con los otros*», declaró. E incluyó, en su crítica, no solo a los hombres modernos, consumidos por el individualismo, sino también a las congregaciones y representantes de la curia romana, en cuyo interior «*es indispensable re-encontrar el sentido del encuentro con el otro*».

«Nos hemos convertido en cristianos capitalistas»

Por cuanto se refiere a las comunidades

religiosas, el cardenal presentó tres vías para recuperar las relaciones en los grupos de hombres y de mujeres en general, en donde impere la falta de la unidad: «*Hay que trabajar en las comunidades para que vuelva el espíritu de familia, de amor, de perdón*».

Invitó a cambiar el concepto común de formación que existe en la vida consagrada, deseando con fuerza que esta formación sea considerada una realidad “dinámica” y no limitada a un período determinado, sino que se realice a lo largo de toda la vida. Invitó a cambiar los conceptos de poder, de autoridad y de dinero, que tal vez pesan en las comunidades. «*Esta autoridad no debe ser autoritaria*», defendió el cardenal, que recordó que no hay personas que sean por sí más dignas o más importantes que las demás. Deseó para todos que se realice y que crezca la comunicación, la escucha y la participación entre los superiores y los subordinados dentro de los institutos de vida consagrada.

El cardenal también atacó el predominio del dinero en ciertas comunidades religiosas: «*¡Nos hemos convertido en cristianos capitalistas!*», deploró, recordado que el dinero debe servir para la vida, pero no para garantizarse una cierta seguridad material. Y narró cómo, en un determinado momento de su vida, sintió que las preocupaciones por su patrimonio financiero estaban poco a poco acaparando la posesión de su vida: entonces distribuyó entre las

Experiencias diversas que nos hablan de la posibilidad de caminar juntos y dan a entender que la comunión entre los carismas es un camino para recorrer, y que se abre ante nosotros.

parroquias y personas necesitadas buena parte de cuanto tenía en su cuenta corriente del banco.

Subrayó que, de cualquier modo, los distintos protagonistas de la vida consagrada están cada vez más unidos, y aseguró que el Año de la Vida Consagrada ha reforzado aún más esta unidad.

Manifestar la felicidad de la vida consagrada

Preguntado sobre la posibilidad de que las mujeres puedan desempeñar un mayor poder en la Iglesia, el cardenal subrayó que los hombres y las mujeres deben caminar juntos siguiendo a Jesús. Las mujeres deben «mantener la línea de poder que procede de la gratuidad», afirmó, recordando que, aunque María era tan cercana a Jesús, «*él nunca la nombró obispo*». El cardenal brasileño se mostró sin embargo favorable a las experiencias mixtas de comunidades de consagrados, presentes en los nuevos movimientos de la Iglesia, excluyendo, sin embargo, que los miembros de estas comunidades puedan habitar juntos.

En Baar, Braz de Aviz invitó a las consagradas de Suiza a comunicar al mundo «*algo de la vida que llevan delante Dios*», invocó los objetivos del papa Francisco para el Año de la Vida Consagrada, en particular el de señalar, a través del prisma de la historia, las contradicciones, pero también las conquistas de los institutos de vida consagrada. Finalmente, invitó a las religiosas y a los religiosos participantes a vivir el presente con pasión, a expresar la felicidad y a caminar sin miedos hacia el futuro.

Testimonios de unidad en la diversidad

La ceremonia conclusiva fue sembrada de testimonios sobre la vida consagrada.

La llamada del cardenal Braz de Aviz a

la armonía entre los carismas antiguos y nuevos encontró un eco particular en los testimonios de dos jóvenes religiosas, una de Chemin Neuf, y otra dominica.

Las religiosas del nuevo carisma Chemin Neuf se hicieron cargo en 2012 de la gestión de una casa de retiros que las dominicas, por falta de personas y de medios económicos, ya no podían mantener. Las dos religiosas estuvieron en la jornada para expresar la gracia que representa la ayuda recíproca en este camino. Explicaron cuánto han aprendido y recibido las unas de la otras, viéndose obligadas a adaptarse a distintos ritmos característicos de los antiguos y nuevos carismas.

Adrienne Barras, de la comunidad de Hermanas de San Mauricio, ofreció un hermoso testimonio sobre el hermanamiento llevado a cabo entre su comunidad y la fundada por su congregación en Madagascar. La religiosa explicó cómo los dos grupos han logrado superar las dificultades originadas por las diferencias culturales, reemprendiendo un nuevo camino comunitario. Reconoció que la vida fraterna en comunidad hubiera fracasado si no hubiera sido por tener como base de la vida el vivir la Palabra de Dios y escuchar las palabras de los unos y los otros.

Experiencias diversas que nos hablan de la posibilidad de caminar juntos, incluso entre carismas diversos, y dan a entender que la comunión entre los carismas, aunque no falten las dificultades que hay que superar, es un camino para recorrer, y que se abre ante nosotros.

Finalmente, invitó a las religiosas y a los religiosos participantes a vivir el presente con pasión, a expresar la felicidad y a caminar sin miedos hacia el futuro.

VIDA EN COMUNIDAD Y CORRECCIÓN FRATERNA

[...] La caridad fraterna en la comunidad de los creyentes tiene su fuente en la comunión de la Trinidad. El apóstol san Pablo afirma que toda la Ley de Dios encuentra su plenitud en el amor, de modo que, en nuestras relaciones con los demás, los diez mandamientos y cada uno de los otros preceptos se resumen en esto: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (cf. *Rm* 13, 8-10). El texto del [...] capítulo 18 de san Mateo, dedicado a la vida de la comunidad cristiana, nos dice que el amor fraterno comporta también un sentido de responsabilidad recíproca, por lo cual, si mi hermano comete una falta contra mí, yo debo actuar con caridad hacia él y, ante todo, hablar con él personalmente, haciéndole presente que aquello que ha dicho o hecho no está bien. Esta forma de actuar se llama corrección fraterna: no es una reacción a una ofensa recibida, sino que está animada por el amor al hermano. Comenta san Agustín: «*Quien te ha ofendido, ofendiéndote, ha inferido a sí mismo una grave herida, ¿y tú no te preocupas de la herida de tu hermano? ...Tú debes olvidar la ofensa recibida, no la herida de tu hermano*» (Sermón 82, 7).

¿Y si el hermano no me escucha? Jesús en el Evangelio indica una gradualidad: ante todo vuelve a hablarle junto a dos o tres personas, para ayudarle mejor a darse cuenta de lo que ha hecho; si, a pesar de esto, él rechaza la observación, es necesario decirlo a la comunidad; y si tampoco escucha a la comunidad, es preciso hacerle notar el distanciamiento que él mismo ha provocado, separándose de la comunión de la Iglesia. Todo esto indica que existe una corresponsabilidad en el camino de la vida cristiana: cada uno, consciente de sus propios límites y defectos, está llamado a acoger la corrección fraterna y ayudar a los demás con este servicio particular.

Otro fruto de la caridad en la comunidad es la oración en común. Dice Jesús: «*Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en el cielo. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (*Mt* 18, 19-20). La oración personal es ciertamente importante, es más, indispensable, pero el Señor asegura su presencia a la comunidad que —incluso siendo muy pequeña— está unida y unánime, porque ella refleja la realidad misma de Dios uno y trino, perfecta comunión de amor. Dice Orígenes que «*debemos ejercitarnos en esta sinfonía*» (*Comentario a Mateo 14, 1*), es decir en esta concordia dentro de la comunidad cristiana. Debemos ejercitarnos tanto en la corrección fraterna, que requiere mucha humildad y sencillez de corazón, como en la oración, para que suba a Dios desde una comunidad verdaderamente unida en Cristo.

Benedicto XVI, *Alocución del Ángelus*, Castel Gandolfo, 4 septiembre 2011.

UNIDAD, PALABRA DIVINA

Unidad, palabra divina. Si en un determinado momento fuese pronunciada por el Omnipotente y los hombres la llevaran a la práctica en sus más variadas aplicaciones, veríamos el mundo detenerse de golpe, en su marcha general, como en una película, y reanudar la carrera de la vida en dirección opuesta. (...) Familias desmembradas por peleas, heladas por las incomprensiones, por el odio, y destrozadas por los divorcios, se recompondrían. Y los niños nacerían en un clima de amor humano y divino y se forjarían hombres nuevos para un mañana más cristiano.

Las fábricas, muchas veces reunión de “esclavos” del trabajo en un clima de tedio, si no de blasfemias, se convertirían en lugares de paz, donde cada uno realizaría su trabajo para bien de todos.

Y las escuelas superarían los límites de la ciencia, poniendo conocimientos de todo tipo al servicio de la contemplación eterna, aprendida en los pupitres como en un cotidiano desvelarse de misterios, intuitivas a partir de pequeñas fórmulas, de simples leyes, incluso de los números...

Y los Parlamentos se convertirían en un lugar de encuentro entre hombres a los que –más que la idea que cada uno sostiene– les urge el bien de todos, sin engaño de hermanos ni de patrias.

En definitiva, veríamos al mundo hacerse más bueno y al Cielo bajar como por encanto a la tierra, y la armonía de la creación servir de marco a la concordia de los corazones.

Veríamos... ¡Es un sueño! ¡Parece un sueño! .

Chiara Lubich, *La doctrina espiritual*, pag. 147.

Los dichos del apa Pafnuncio

El camino del desierto

Fabio Ciardi

Los dichos del apa Pafnuncio

El camino del desierto



176 págs. 15 €

Después de siglos olvidada, Fabio Ciardi rescata una colección de «dichos» donde narra la fascinante experiencia espiritual de siete imaginarios padres del desierto. Con extraordinaria sencillez, el relato de aquellos antiguos monjes refleja sentimientos y experiencias muy cercanos al hombre de hoy. Aquí radica el encanto que sigue despertando el monaquismo antiguo, vivido en muchos casos por campesinos iletrados pero llenos de sabiduría, capaz de tocar el corazón de quienes buscan a Dios con corazón sincero.

Dar alegría a Dios

El apa Pafnuncio había acuñado un nuevo, original, sencillo y eficaz examen de conciencia que repetía por la noche antes de acostarse. Se dirigía a su Señor y le preguntaba: «¿Te he agradado hoy?».

No se preocupaba de sí mismo, sino de su Señor.

No se preguntaba si había sido bueno o no (pregunta legítima, pero que denota siempre una forma de replegarse sobre uno mismo), sino si Él estaba en la alegría; y esto es un auténtico acto de amor.

Sí; alabar a Dios, darle gloria, pero también darle alegría.